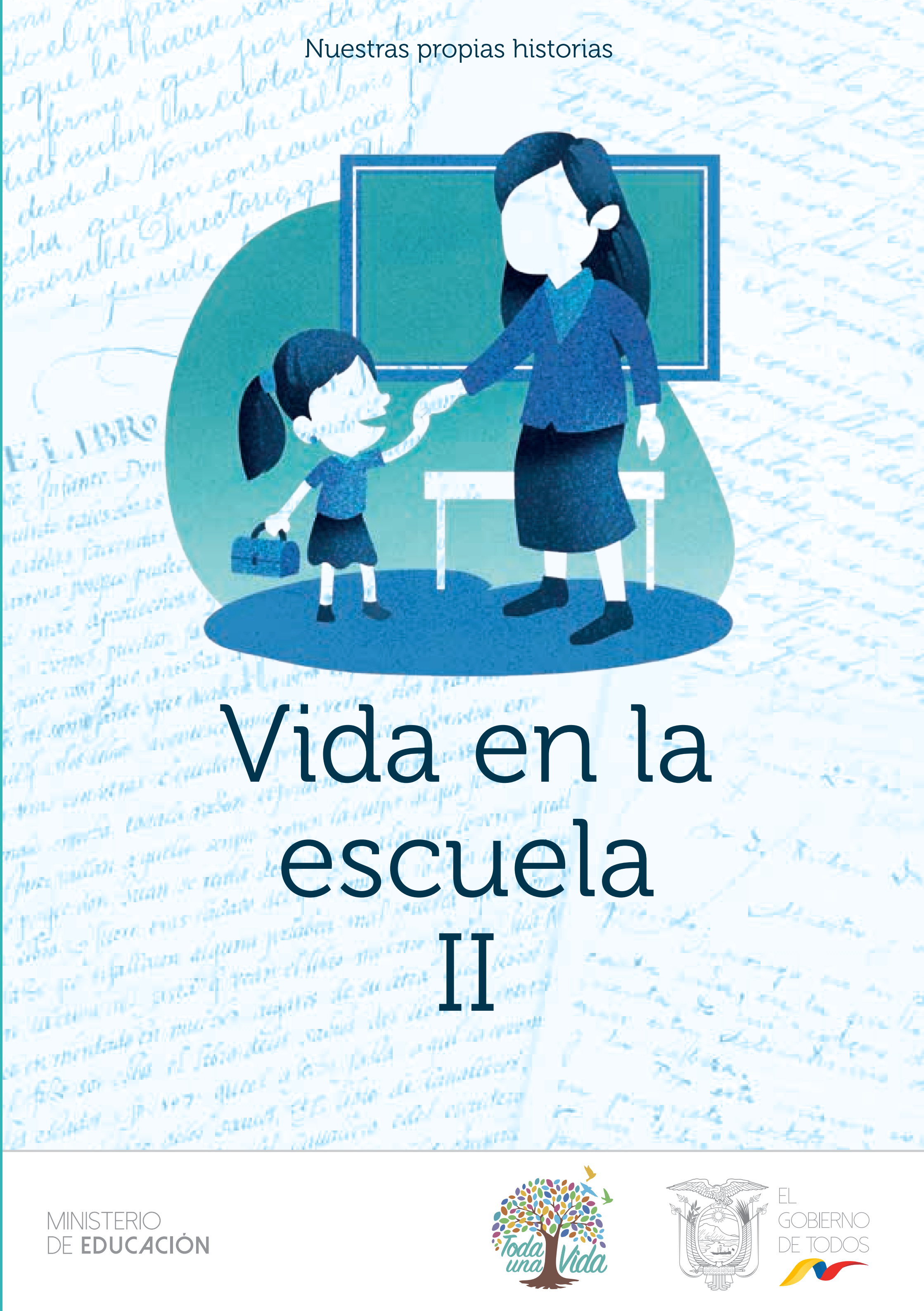

Nuestras propias historias
Vida en la escuela II
MINISTERIO DE EDUCACIÓN
Toda una Vida
EL GOBIERNO DE TODOS

Vida en la escuela

II

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
Lenín Moreno Garcés

MINISTRO DE EDUCACIÓN
Milton Luna Tamayo

VICEMINISTRO DE EDUCACIÓN
Alfredo Astorga Bastidas

VICEMINISTRO DE GESTIÓN EDUCATIVA
Francisco Cevallos Tejada

SUBSECRETARIO PARA LA INNOVACIÓN EDUCATIVA Y EL BUEN VIVIR
Diego Paz Enríquez

DIRECTORA NACIONAL DE MEJORAMIENTO PEDAGÓGICO (E)
Laura Barba Miranda

EQUIPO TÉCNICO
Coordinación editorial: Verónica Vacas Andrade
Consejo editorial: Javier Calvopina Loaiza, Javier Saravia Tapia

EDICIÓN, ILUSTRACIÓN, DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Medios Públicos - EP

IMPRESIÓN
Medios Públicos - EP

ISBN: 978-9942-22-342-5

Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito, Ecuador

www.educacion.gob.ec

Simbología

Categoría


Estudiante


Docente y personal administrativo


Grupo familiar

Región


Costa


Sierra


Amazonía


Insular









Promovemos la conciencia ambiental en la comunidad educativa.

ADVERTENCIA
Un objetivo manifiesto del Ministerio de Educación es combatir el sexismo y la discriminación de género en la sociedad ecuatoriana y promover, a través del sistema educativo, la equidad entre mujeres y hombres. Para alcanzar este objetivo, promovemos el uso de un lenguaje que no reproduzca esquemas sexistas, y de conformidad con esta práctica preferimos emplear en nuestros documentos oficiales palabras neutras, tales como las personas (en lugar de los hombres) o el profesorado (en lugar de los profesores), etc. Sólo en los casos en que tales expresiones no existan, se usará la forma masculina como genérica para hacer referencia tanto a las personas del sexo femenino como masculino. Esta práctica comunicativa, que es recomendada por la Real Academia Española en su Diccionario Panhispánico de Dudas, obedece a dos razones: (a) en español es posible <referirse a colectivos mixtos a través del género gramatical masculino>, y (b) es preferible aplicar <la ley lingüística de la economía expresiva> para así evitar el abultamiento gráfico y la consiguiente ilegibilidad que ocurriría en el caso de utilizar expresiones como las y los, os/as y otras fórmulas que buscan visibilizar la presencia de ambos sexos.

Presentación

Los libros de la colección "Nuestras propias historias" son resultado del concurso organizado por el Ministerio de Educación en el marco de la campaña nacional de lectura. Esta convocatoria invitó a la comunidad educativa a relatar anécdotas, recuerdos, leyendas, costumbres y tradiciones de sus familias, barrios, escuelas y más lugares. Permitió compartir los conocimientos y saberes de abuelos y abuelas a través de los relatos de las experiencias que han tenido a lo largo de su vida.

Hoy publicamos los trabajos ganadores e incluimos también una *Guía de mediación lectora* dirigida a docentes que servirá para el fomento de la lectura dentro y fuera de las aulas.

En los libros que tienen en sus manos encontrarán relatos fantásticos, de amor y de terror; leyendas y descripciones de cómo se viven las tradiciones de nuestro país y cuentos que transcurren en la comunidad, la familia o la escuela. Son narraciones que han sido contadas por nuestros abuelos, abuelas, madres, padres, hermanas, hermanos, estudiantes, docentes y más gente que trabaja en nuestras instituciones educativas.

Cada uno de los relatos que aquí se cuentan han sido compartidos desde la palabra oral y la escritura entre toda la comunidad educativa; al leerlos nos conoceremos y acercaremos como comunidad para aprender los unos de los otros valorando la diversidad de conocimientos.

Esperamos que disfruten de esta lectura y que también se animen a contarnos sus propias historias.

Prólogo

La escritura de creación es un misterio. El momento en que alguien toma un bolígrafo y un papel, o está frente al teclado de un computador, se abren las puertas de algo insospechado; nadie sabe en realidad lo que puede ocurrir. La imaginación se pone en marcha, las imágenes nos hacen un cerco, los recuerdos nos caen como en una cascada para envolvernos. Estamos, en esos momentos, en un estado interno mental y emocional en pleno movimiento; una fuerza desconocida nos empuja para sacar a la luz algo que nos pertenece, que nos exige que lo dejemos salir a la claridad del día. Esa es la escritura de creación y la aventura de escribir.

Hay quienes, en un momento de su existencia —desde la adolescencia, en la época de las aulas escolares o más tarde—, eligen ese camino con un entusiasmo singular, movidos por una sensación interna que no puede ser descrita con facilidad. Lo único que saben es que se trata de un impulso que les lleva a escribir y crear un mundo que antes no existía ni en el papel ni en la pantalla. Ese es el misterio de la escritura.

Con esto no solo me refiero al trabajo que hacen los "escritores profesionales", hombres y mujeres, que han creado literatura y publicado libros como parte del oficio constante que tienen en su vida. No. Me refiero a que la posibilidad y las ganas de escribir están guardadas en cada uno de nosotros. Para muchos, la lectura de libros es el gran estímulo para escribir también. Unos han leído poco, y otros están intentando introducirse en el mundo que describen los libros que están en sus manos. La literatura (los

cuentos, las novelas, las tradiciones y leyendas escritas) no solo está para ejercitar el razonamiento y comprender el contenido de las narraciones, sino también para sentir con nuestro corazón lo que otros nos cuentan; por ello a veces nos hacen reír, nos ponen contentos, hacen que se nos escapen unas lágrimas (o al menos se nos hace un nudo en la garganta), o nos dejan pensando un rato.

Siempre creí en las capacidades y las ganas de escribir que tienen las personas que forman parte de la comunidad educativa: estudiantes, docentes, y también madres y padres de familia. Solo necesitaban una oportunidad, un empujoncito.

Al inicio, cuando en el Ministerio de Educación se planteó esta propuesta, muchos dudaron que el programa "Nuestras propias historias" pudiera dar resultados cuantitativos altos. En un principio tal vez se lo veía como un proyecto un poco soñador, que pretendía convocar a un gran desafío a la comunidad educativa del país. Por ahí incluso escuché decir: "pero si la gente ni siquiera lee, va a ser muy difícil que se ponga a escribir".

Sin embargo, no ocurrió así. Esta propuesta ha revelado algo que va más allá de la estadística o del cuadro de alcance de metas cuantitativas. Esto es un resultado concreto en términos educativos y culturales. Al interior de la comunidad educativa, la cifra final de 3 729 participantes —entre estudiantes, docentes, personal administrativo, madres, padres, abuelas y abuelos de todo el Ecuador, en unas provincias más que en otras— nos reveló que las personas tienen interés por narrar lo que les ha sucedido, lo que han escuchado o lo que han inventado también. De este gran total, para la publicación se seleccionaron más de ochocientas narraciones que tratan una gran variedad de temas: artes, oficios, profesiones y pasatiempos; leyendas y tradiciones; realismo social; relatos de amor, de terror o fantásticos; o historias de la comunidad, la familia o la escuela.

Este programa de escritura y lectura —originado en el sistema educativo y que tuvo el total apoyo e impulso del ministro de Educación Fander Falconí, durante su gestión— aportará al reconocimiento de la historia, la cultura y la identidad de nuestros pueblos, y será una fuente de investigación importante para estudios académicos (antropológicos y sociológicos) sobre la cultura e historia local y regional, de la población urbana y rural de todo el país.

La amplia gama de narraciones publicadas en los libros que conforman esta colección representa el primer fondo editorial construido en el Ecuador por los propios miembros de la comunidad educativa, que se convierten en creadores, investigadores y difusores de la cultura local y regional. Cada historia aparece con la información de cada autor, lo cual afirma el reconocimiento concreto de su aporte personal a este programa educativo de escritura, lectura e investigación.

Esta gran colección de narraciones se encuentra distribuida en todo el sistema de bibliotecas educativas y comunitarias a nivel nacional. Su entrega a los centros educativos estuvo acompañada de una guía pedagógica que orienta, dentro del aula, el uso metodológico de estos libros, ahora considerados una fuente importante de lectura e investigación del país diverso que tenemos. Esta diversidad está presente en cada una de "Nuestras propias historias".

LUIS ZÚÑIGA
Escritor y creador del Programa "Nuestras propias historias".

Índice

MERCY DEL ROCÍO SUCHE vive en Manabí, Portoviejo. Su hija Doménica Krisbell Loor estudia en la Unidad Educativa Mathius Josué Quintanilla Sierra.

Las aventuras de mis hijas

Nuestra historia se origina en los años setenta, cuando en un pueblo llamado Barraganete nació quien ahora les hace llegar una parte de su vida. Más bien, yo diría que en realidad todo empezó cuando me encontraba iniciando el bachillerato en El Empalme, el cual dejé por circunstancias del destino. Esto me afectó fuertemente, así que me prometí que, cuando tuviera hijos, mi prioridad sería que se preparen para ser alguien en la vida, porque la vida sin un título académico tiende a volverse más complicada, laboralmente hablando.

A mi primogénito lo tuve cuando estaba bastante joven, sin embargo, se volvió la luz de mi vida. Pero, por cuestiones personales, lo tuve que dejar con mis padres. Con ellos creció y siempre teniéndose un enorme cariño con sus hermanitas, que luego tuve con quien sería mi esposo. Después de casarme con mi esposo, Tito, tuve un bebé hermoso, para entonces ya vivía en la ciudad de Portoviejo. Tres años después tuve a mi segunda hija. Desde que ambas eran muy pequeñas me preocupé por inscribirlas en un programa de estimulación temprana. Esto permitió que, cuando llegaron al jardín de infantes, tuvieran conocimientos previos de colores, números y aspectos básicos de escritura.

A mi primera hija le puse de nombre Kimberly. Ella inició sus estudios en el jardín de infantes de la ciudadela San Gregorio y luego fue a una escuela particular religiosa. Desde los inicios de su educación entabló amistad con otra niña del barrio. Las dos eran el segundo y el primer lugar en el jardín y la escuela. Por razones económicas, Kimberly tuvo que cambiar de escuela particular a una escuela fiscal o del Gobierno. Esto fue un duro golpe para ella, sin embargo, siguió destacando en su salón de clases. Mostró afinidad por asistir a extracurriculares como música, lo que generó cierta preocupación en mí, al creer que le restaría interés a los estudios.

Mientras esto ocurría, Jaelene, mi segunda hija, iniciaba sus estudios en el mismo jardín de infantes de la ciudadela. Ella, desde un inicio, mostró dedicación y seriedad. A pesar de ser la estudiante número uno en notas, no quedó en primer lugar por razones de intereses personales, pero por su merecida dedicación y por ser sobresaliente se le hizo un reconocimiento de "Niña patria". Este sería el primero de muchos premios en su vida académica.

Ese mismo año nació Arelys. Ella se volvió mi prioridad desde entonces, por la fragilidad de su salud. A todo esto, olvidé



mencionar que, un año antes, había decidido retomar mis estudios. ¡Así es! Cuando nació Arelys, Jaelene empezó el jardín, Kimberly cambió de escuela y yo tomaba el bachillerato en un colegio nocturno de la ciudad, el Colegio Nacional Portoviejo.

Esta etapa de mi vida fue bastante dura, porque Arelys enfermó mucho en su primer año. Los doctores ya no le daban posibilidad alguna de salvarse ante una fuerte septicemia. Pero la voluntad de Dios era otra y ¡mi hija se salvó! En medio de estas circunstancias, pude graduarme de Bachiller de la República. Además de ello, quedé en primer lugar de la sección nocturna por mis calificaciones, por lo cual se me confirió el título de abanderada.

Para entonces, mis hijas estudiaban en la Unidad Educativa Municipal. En dicha institución, Kimberly terminó hasta décimo año de básica, Jaelene todo su ciclo escolar y Arelys de igual manera. Kimberly, a pesar de sus buenas calificaciones, no era

ni el primer lugar ni la mejor en conducta (algo que me quedaba claro después de algunos eventos de indisciplina en los que se vio involucrada). Sin embargo, sus aspiraciones siempre fueron bastante altas, ella quería algo más, algo a lo que pocos se han atrevido. Para ella, destacar como la primera de la clase no tenía sentido si no había una intención más allá. El bachillerato lo continuó en el Colegio Nacional Olmedo, algo que me tenía muy preocupada pues, por su carácter rebelde y revolucionario, temía que se involucrara en manifestaciones (algo bastante común de ese colegio). Sin embargo, ¡vaya mi sorpresa cuando me dijeron que por sus buenas calificaciones había entrado a un programa de entrenamiento para el Bachillerato Internacional (Pre-BI)! También encontramos trabas en el proceso, porque una vez que la seleccionaron, junto a otros diez estudiantes más que procedían de otros colegios, alguien malintencionado movió su carpeta al archivo de los demás estudiantes que ingresaban al colegio Olmedo. Esto significaba que quedaba fuera del Pre-BI (antes de iniciar clases), ante lo cual presenté mi queja.

Una vez revisado todo, se dieron cuenta de que mi hija había sido sacada de los estudiantes seleccionados para poner a alguien con notas más bajas. Luego de que se corrigió el error, Kimberly empezó a estudiar en el Pre-BI. Este programa era muy exigente, lo que implicaba esforzarse más de lo acostumbrado. Era un sistema completamente diferente. Mientras mi hija mayor vivía esta experiencia, Jaelene continuaba sus estudios en el Colegio Técnico Uruguay. Su carácter y dedicación siempre la destacarón como la estudiante número uno en cuestión de notas y disciplina. Cada año significaba una medalla de reconocimiento a su esfuerzo.

Arelys realizó todos sus estudios primarios en la Unidad Educativa Municipal, igual que sus hermanas. En ese entonces, el reconocimiento de abanderados ya no existía en la escuela, no

obstante, a ella se le entregó un reconocimiento por tener el mejor promedio de sus siete años de estudio en dicha institución.

El año 2011 pasó lo que nadie esperaba, tuve a mi cuarta hija, Doménica, la cual fue recibida con mucho amor por parte de sus hermanas y el resto de la familia. Para entonces yo ya había empezado la universidad pero, por razones personales, tuve que dejarla. Sin embargo, las ganas de superarme fueron mayores y me preparé en una academia, donde me instruí en costura para ejercer como artesana certificada. Esto representó un gran logro para mí porque fue la base de muchos otros negocios que emprendí por iniciativa propia y que aún me encuentro llevando a cabo.

El Bachillerato Internacional no fue nada fácil, Kimberly no dormía bien, pasaba todo el tiempo estresada, salía muy tarde de clases y hacía voluntariados como parte del programa. Al final, se llevó una desagradable sorpresa cuando no alcanzó el puntaje requerido para diplomar como Bachiller Internacional, pero el programa apenas había empezado un año atrás, estaba formando experiencia recién y era un gran logro que tres de quince estudiantes hubieran diplomado al segundo año del programa. Necesitó de mi apoyo más que nunca, así que se lo di para que no se desanimara.

Luego se le metió en la cabeza que iba a ser ingeniera agrónoma. Sacó una alta calificación en la evaluación del ENES para ingreso a la universidad, por lo cual podía escoger cualquier carrera que se propusiera, y así fue. Empezó a estudiar en la Universidad Laica Eloy Alfaro de Manabí la carrera de Ingeniería Agropecuaria..

Al mismo tiempo, pero discretamente, estaba aplicando a la mejor universidad de Agronomía de América Latina: Zamorano, ubicada en Centroamérica. La acompañé a Guayaquil a hacer las pruebas de admisión. Aunque yo hubiese preferido que siguiera otra carrera, como Medicina, tenía que apoyarla en cualquiera



que fuese su decisión. Sentirse apoyada fue crucial para, una vez que recibió respuesta de la beca, donde le comunicaban que se la otorgaban, tomar la dura decisión de dejar el país para irse a estudiar lo que quería por cuatro años.

Para mi esposo y para mí significó un dolor enorme tener que desprendernos de nuestra niña por todo ese tiempo, pero deseábamos lo mejor para ella, así que sabíamos que no podíamos detenerla. Ella, más que segura de nuestro apoyo, se fue un 6 de enero hacia Honduras. Nos despedimos con lágrimas en el rostro, pero con la firme promesa de que lo lograríamos, porque su logro también sería el mío. Así fue que, cuatro años más tarde, fui a recoger a mi ingeniera al aeropuerto.

Doménica era la luz de los ojos de todos, desde pequeña mostró empatía por todas las situaciones difíciles de comprender. Cuando estaba enferma, me cuidaba, se quedaba conmigo y me

sobaba la cabeza. Ese don innato de mi pequeña hija hacía que me diera cuenta de que cualquier sacrificio que hiciera por ellas valía la pena. Así fui trabajando duro cada día para mandarle dinero a mi hija que estaba en el extranjero, apoyando las actividades de cada una de ellas y estando con ellas en sus momentos más importantes.

Arelys siempre se inclinó más hacia los deportes, aunque nunca dejó de lado sus actividades académicas. Salió de la escuela como la mejor estudiante. Tiene una empatía por las causas nobles y la justicia. Siempre ha luchado por lo que considera justo y nunca ha callado su opinión cuando sabe que puede aportar en algo. Siguió los pasos de su hermana de ir a estudiar al colegio Olmedo. Aquí destacó en su primer y segundo año como estudiante, con las mejores notas de su curso, por ello fue escogida para formar lo que llamarían "El semillero", un grupo de estudiantes que son preparados para pertenecer al programa del Bachillerato Internacional.

Jaelene se graduó del colegio con honores. Kimberly la molestaba con que ella se había subido a un avión antes que cualquiera de nosotros pues, cuando estaba en el colegio aún, y Kimberly no se había ido, ganó un concurso de poemas que organizó la UNESCO; así fue que viajó en avión hasta Quito, para luego ser llevada a Ibarra, donde se desarrollaría un foro con jóvenes. Fueron solo catorce los seleccionados a nivel del país. Esto me llenó de orgullo, como era de esperarse. Luego se graduó del colegio como la mejor egresada, con el mejor promedio en los seis años de colegio y el número cuarto a nivel de toda la ciudad de Portoviejo.

En esta ocasión, igual le premiaron con un viaje en avión a Quito, pero esta vez también haría un paseo en Ferrocarriles del Ecuador. Así mi hija obtuvo grandes conocimientos, buenas cosas

que se obtienen a base de esfuerzo y honradez, algo que siempre les he inculcado.

Actualmente, Jaelene también se encuentra en el extranjero estudiando en la misma universidad que su hermana, aunque con un enfoque distinto, pues se dedica a los agronegocios. A pesar de que dejó la carrera de medicina en Ecuador, lo cual era mi sueño, no tuve otra alternativa que apoyarla, ya que su felicidad me hace sentir realizada a mí también.

Me di cuenta de que tantas noches de desvelo con ellas, acompañándolas a hacer tareas, cada regañada y cada llanto habían valido la pena, y que la pobreza no es una excusa cuando se tienen ánimos de superación. Nunca les he fallado a ellas y ellas me han prometido que tampoco lo harán. Sé que, pase lo que pase, siempre tendrán a su madre para apoyarlas infinitamente en cada nueva aventura que emprendan.

GABRIEL NORIEGA nació en Chaupicruz, Pichincha, en 1992. Trabaja en la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Cacique Tumbalá. Su actividad favorita es escribir.

Es Yárilin

Primer día: Europa del Este

Me bajé al vuelo del bus de la cooperativa 5 de Marzo y caminé por las calles polvorientas hasta la Unidad Educativa Los Frailes. Entré en una pequeña oficina y me presenté con la rectora y la vicerrectora. La secretaria me entregó mis horarios: era oficialmente el nuevo profesor de Lengua y Literatura.

La agitación en esa pequeña oficina me empujó a asomarme al patio. En la canchita de fútbol había niños en vestidos tradicionales que practicaban una danza "autóctona" con un pasacalle, aunque vaya a saber uno cómo bailaban los manteño-huancavilcas. Entre esos pequeños huancavilcas destacaba una figura rubia y alta. "Es Andi, un búlgaro voluntario aquí", me confirmaron. Por un instante me vi reflejado en él, y me imaginé bailando, en Europa del Este, una danza gitana con niños de diez años.

Plástico negro

Como una manzana mientras hablo por teléfono con una novia al otro lado del planeta. Frente a mí, una perrita absolutamente demacrada, quizás el símbolo último del tercermundismo, espera moribunda que yo le sobre un poquito de la fruta. Le sobro el corazón de la manzana. Cuando se lo aviento, ella demuestra una fuerza inusitada para alcanzarla, como si su flacura y su sarna no fueran nada del otro mundo. Parece Ayudante de Santa, el perrito de "Los Simpsons". También pasa un chancho gigante (los chanchos no tienen sarna, he constatado) olfateando el polvo engabadeño, en busca de restos de comida. Ellos son como enormes aspiradoras orgánicas, mucho mejores que los perros para sobrevivir en estas escaseces. Del otro lado del teléfono ella me pregunta: "¿Por qué callas?".

Frente a mí, el cerdo enorme acaba de engullir una bolsa de plástico negro.

Buenos días

Andi se llama el búlgaro. *Alli puncha* significa "buenos días" en kichwa. Ahora todos decimos *andi puncha*.

Chanchito

Jaime Briones atrapa a un cerdito por la cola y la mamá chancho, gritando como chancho, lo persigue durante algunos metros, en



medio de las carcajadas de todos. Hasta que él tiene que soltar al chanchito y proseguir su fuga, con descuajadas zancadas.

El balón vino a dar a mis pies

El balón viene a dar a mis pies. Los muchachos, tramitadores, levantan las manos para que se los devuelva. Presuroso agarro el balón y, cual amigo de lo ajeno, salgo despavorido en el sentido opuesto.

Ariel y Nayeli

Durante el desfile por las fiestas del pueblo, Nayeli se disfraza de sirena. La cola está hecha con cientos de pedacitos de CD que son las escamas y que brillan como tales.

—¡Qué trabajo increíble! —le digo apenas tengo la oportunidad.

—Sí, la hicimos con mi mamá y mi hermana ayer por la noche.

Todo lo *kitsch*, todo lo chichero del desfile, se desvanece en el

esfuerzo de los que lo realizan con poco o nada. Sin un centavo armamos el carro alegórico “Fondos marinos”, encima del cual reina Nayeli, brilla Nayeli. Después de pasar frente a la tarima de la alcaldesa, frente a quien Andi, el búlgaro, y los chicos presentan su baile “autóctono”, se me acerca el estudiante Ariel Tigua. Solicita mi atención con un golpecito con el revés de su mano. Con la otra se toca la boca, como acomodándola:

—¡Profe! —dice algo agitado— hoy he visto bajar de un bote a… a… ¡a una sirena! Cómo le explico que lo que yo siento… ¡que lo que yo siento es amor, profe! —Esto último lo dice con una repentina seriedad en los ojos y calma en el gesto—. Son tres años ya que yo siento esto. Y dígame usted, ¿eso es bueno o es malo?

Solo alcanzo a decir:

—¡Chuta!

Él ya sabe que mi respuesta jamás será satisfactoria, y sigue su camino.

Es Yárilin

A través de unos alambres de púas, la cerca, la famosa cerca que no impide que los animales ingresen al terreno del colegio, compro un chuzo de pollo. Atrás mío, Yárilin y Nayeli esperan joviales su turno. “Profe”, me dice Nayeli, que es más lanzada que su amiga, “¿qué nos va a comprar?”. Yárilin ríe nerviosa, como un ciervo adolescente. Giro con la intención de verlas con cara de “¿cara de qué me vieron?”, pero ante sus rostros pienso, a la velocidad del rayo, que son demasiado buena gente. El silencio dura poco. Les pregunto: “Señoritas, ¿cuál de ustedes dos es la mejor persona de este colegio?”. Entonces se miran la una a la otra, como designando con el cuello y los ojos a su amiga. Nayeli habla primero: “Yo creo que es Yárilin”. Yárilin dice: “No, yo creo que es Nayeli”.




LAURA SUSANA SALAZAR
nació en Quito, Pichincha, en 1973. Trabaja en la Escuela de Educación Básica Cristóbal Gangotena. Su actividad favorita es caminar.

Mi experiencia como unidocente

Esta corta historia empieza hace más de un año, cuando decidí experimentar y aventurarme hacia otros lugares. Me encontraba sin trabajo y desesperada cuando el Distrito del Noroccidente me abrió las puertas. Tras ser profesora de ciudad por algunos años es difícil ir a un lugar desconocido, lejos de la familia, y desprenderse de todas las comodidades. Pero decidí

tomar el reto y, aunque no conocía cuál era mi destino, con maleta en mano, armé mi viaje.

Al llegar a la pequeña comunidad de Paraguas, los padres me dieron la bienvenida y, a la vez, despidieron a la profesora saliente con una comida sencilla. Los asistentes se fueron presentando y al final me tocó a mí. Así cayó la noche y mi preocupación era dónde me iba a acomodar. Los padres se fueron despidiendo uno a uno hasta que, al final, se acercó una madre de familia que me ofreció su casa para que me hospedara hasta que me instalara. Ahí me quedé una semana, esa familia me ofreció abrigo y alimentación y pasé a ser un miembro más. Pero yo ya debía mudarme a un pequeño cuarto húmedo designado para vivienda del profesor. Ahí me arreglé con las pocas cosas que había traído y unas colchonetas hasta conseguir una cama y adecuar, poco a poco, el que sería mi nuevo hogar de lunes a viernes. Muchas veces amanecía picada por unas hormigas diminutas que sí que pican. Así pasaron los días… y las semanas… y los meses… Hoy ya soy parte de la pequeña comunidad de Paraguas.

Mi experiencia como maestra de niños, de siete grados a mi cargo, ha sido dura, pero a la vez he aprendido mucho y he ido familiarizándome con la responsabilidad tomada como *líder educativa*. Los niños me han enseñado tanto… He ido conociendo a cada uno de ellos y hoy son parte de mi vida. Siempre están pendientes de mí cuando llego los domingos y esto es muy grato. Con su inocencia y ocurrencias se han ganado mi corazón y me han hecho ver lo simple y descomplicada que puede ser la vida. Hablo con cada uno de ellos en los ratos libres, sé lo que piensan, lo que quieren llegar a ser y veo cómo tienen que ayudar a sus padres a cortar y moler la caña todos los viernes.

Conocer a cada uno de los padres y ganarme su confianza también ha sido duro, ya que en estas comunidades la discordia



por la religión es el mal que aqueja, sobre todo a los niños, a quienes se les impone.

Hoy hago una comparación con los niños de la ciudad, que están pendientes de la marca del celular y las cosas vanas de la vida; ya no hay responsabilidad ante una juventud que se va consumiendo en el vicio de la droga y va acabando con sus vidas; cuando acá los niños saben lo que es el trabajo, nunca reniegan y se divierten solo con un simple palo o una llanta.

He aprendido que no se necesita mucho para disfrutar las cosas simples y bellas de la vida. Estoy más comprometida con el entorno donde, a cada paso, gozo de los niños, de las aves —con su trinar en las mañanas—, del verdor de los árboles y del aroma único de la panela molida, a pesar de los contratiempos, como cuando me encuentro con animales como sapos gigantes o culebras, y tengo que sacar fuerzas para no escandalizar a los padres y niños.

Los obstáculos que sorteamos los docentes rurales son parte de la aventura. Por ejemplo, cuando hay que enviar un informe, con las condiciones del clima a veces es complicado desplazarse, lo hacemos a pie o en carro —cuando se puede—, todo para cumplir con las obligaciones tomadas.

Conocer y compartir con los profesores que trabajan en la zona también ha sido muy gratificante. En las reuniones de trabajo a las que he asistido he visto calidad humana y que la prepotencia y el "yo sé más" no existen. Esto ha permitido formar lazos de amistad sinceros. Pienso que los verdaderos docentes se forman en las zonas rurales, pues con los pocos recursos de que disponemos y sin tecnología debemos buscar la manera de preparar las clases; mucho más si se trata de profesores unidocentes, que manejan casi todos los grados. Aunque con mucha responsabilidad y a ratos saturada de trabajo, sigo aprendiendo, dando lo mejor de mí y trabajando con alegría. Ahora puedo decir que es una bendición haber tomado el reto.




JESÚS TANCREDO ARÉVALO
nació en Gualaceo, Azuay, en 1961. Trabaja en la Unidad Educativa Fiscomisional Río Upano. Su actividad favorita es la docencia de Matemáticas.

Al Oriente a trabajar

Llegada apenas el alba del día de ocio, la pereza sabatina es de buena calidad. El vecindario duerme plácidamente y mis horas se detienen enredadas en el marasmo de la despedida. La soledad me saluda, es meticona; sin dejarla pasar al dormitorio, ella ya está conmigo entre las sábanas.

Los exiguos años urbanos, adoquines fríos, emociones serranas comprometidas con la altura van resignándose a la distancia, arrimadas en las neuronas del recuerdo. En el viento, las hojas

libres de los sauces llorones se balanceaban en el reflejo del Santa Bárbara, se perdían en el horizonte a merced de las olas.

En los días de marzo, el dulce de duraznos florecido en las caricias vesperales de la brisa, piel rosada, esperaba el festival. Show artístico en la Concha Acústica, comidas para paladares exigentes, noche veneciana, caminera al bolsillo y Coca Cola en la mano, baile hasta la madrugada, en fin. Lavanderas con la espalda rajada al sol refregaban la ropa de sus caseros, folclor de los turistas.

Campos barbechos, arropadas de chilcos y retamas tiritaban en las madrugadas de agosto. Eran baldíos, empujaban a la gente a la migración y se convertían en pampas abandonadas. Laderas de anemia criaban desolación. Las pálidas flores de sixal chorreaban una tristeza que se golpeaba en las piedras de las lajas de erosionada angustia. ¡La deforestación!

La frontera entre el ayer y el hoy es un aguzado hito que perturba los sentimientos. La nostalgia y la expectativa tienen un mismo filo que instiga dolorosas sensaciones. Vivir experiencias nunca soñadas después de una inusitada decisión. ¡No hay trabajo! Me voy al Oriente a buscar.

***

Después de una larga travesía comienza el descenso al río, allí muere la carretera. Nos recibe un puente colgante muy alto que esconde la turbulencia de las olas bajo tablones rotos y carcomidos por los años. Al caminar sobre los maderos movedizos me como la respiración a bocados, siento que el alma se filtra al vacío por los agujeros.

— Profe, este es el Upano —me indican.

— Es el más grande y bravo, los vados son riesgosos y los remolinos tragan gente —opina otro, entre varios.



El camino está alfombrado de lodo, árboles frondosos y floridos, que saludan de lado y lado a la caravana. El cansancio no irrumpe en los animados viajeros. Las gotas de agua caen de una hoja a otra a un ritmo de tambor desacompasado y las chicharras, desde algún lugar, chillan interminablemente. La bulla de montaña se entreteje con las voces y risas del grupo. El sotobosque es singular y lleno de suspenso, gavillas de hojas secas entrañan miedo. ¡Pueden anidar serpientes!

La humedad intensa y el cansancio encuentran un lugar en mí. Después del río, el matorral es más tupido y los caminantes se olvidan de la cuesta apoyados en conversaciones comarcanas. Vivencias y personajes notables; unos muertos, otros vivos aún. Nada entiendo del contexto de las historietas; personas y lugares desconocidos, difíciles de pronunciar. Unos opinan, otros complementan e interpretan las anécdotas convirtiéndolas en

chistes, todos festejan por todo. Sin darme cuenta, mis vivencias detrás de la cordillera llegan a mi mente. La circunstancia no me permite detenerlas, pero deben irse para que yo pueda vivir las incidencias del grupo; hay que participar con la risa, al menos.

Las corrientes de agua sonora y cristalina se suceden constantes al paso. Lechos de arcilla cremosa se dilatan entre palos y rocas forradas de musgo. El agua sabe salobre, límpida; mientras golpea las piedras se purifica en el desnivel.

Entre ramas despeinadas se atisba, en la lejanía, algunas casas que combinan con el encanto de lomas verdes, de guayacanes amarillos y de zarzas peligrosas. Grillos chillando y el croar de las ranas dan fe del pantano mientras el grupo avanza a la meta. Árboles y guadúas caídas hacen camino sobre el barrizal tembloroso de la ciénaga. En cada paso hay que manejar el equilibrio para no caer al fango y hundirse en la burla de los caminantes. Soy el más inseguro; tambaleo.

La última travesía abre una planicie amplia y desbrozada. Casas de arquitectura singular se destacan entre las de cubierta de cinc oxidado con paredes de madera pintadas de celeste. El estudiante Miguel, oriundo del lugar, me explica sobre la tradición: casa ovalada, cubiertas de cambanaca, atadas con bejucos, pilares de pambil y paredes de latilla; hospedan incluso a los ancestros.

Las edificaciones tienen olor a hierba, a madera fresca, a densa humedad. El líder comunitario da la bienvenida a los visitantes y ofrece la bebida de amistad. A los suyos se dirige en su idioma y al final todos aplaudimos, aunque no entendimos nada. Viene la chicha de yuca, cada uno toma y pasa el recipiente al siguiente. Las canecas de sustancia amarillenta se vacían, ingieren propios y extraños, hasta que me llega el turno.

En la garganta, un sabor sin nombre se refriega con la amígdala enredada en fibras del tubérculo, el resto pasa sonando por el

esófago gracias a la gravedad. Al abrir los ojos veo que todos me miran con aire paralizado, pendientes de mi reacción. ¡Se tragó el forastero! Esta experiencia crea más ansiedad que la de un examen de ingreso a la universidad. Los prejuicios sociales hacen que esta circunstancia sea una verdadera prueba de fuego.

En el recinto no hay tienda para comprar refresco, el canicular sol cae vertical sobre la plaza grande. Una invasión de sed regresa a mi mente. El síndico del lugar pasa cerca y aprovecho para solicitar una porción de chicha. Sorprendido y con una mirada penetrante, me pregunta: "¿Te gusta la chicha?". Hace una seña con la mano y dice algo a una mujer. Ella me entrega un pozuelo lleno de concentrado y recoge con los dedos de la mano izquierda lo que se riega por los costados del recipiente, sorbe y lo que resbala por las muñecas lo recauda afanosamente con la lengua. "¡Toma chichita!". Mientras bebo el jarabe, la autoridad encañona su mirada hacia mis esfuerzos, hasta que termine. "¡Gracias! ¡Es sabrosa!", asiento, aunque realmente lo imponía la emergencia de saciar la sed.

— Profe, ¿quieres yuquita, carnecita?

— ¡Gracias, amigo!

Un mensaje en su lengua materna genera atención en las cocineras. Una de ellas toma un plato y, quemándose los dedos, coloca trozos de yuca, presas de carne y llena un cuenco de fibras por el lado cóncavo; todo humeante.

— ¡Tiene sal! ¡Es una delicia!

Son amables, me ofrecen un tronco y me sientan a comer. La enseñanza materna alcanza el objetivo. "¡Donde estés, haz lo que te pidan y come lo que te den!".

A la hora del almuerzo comunitario yo estoy bien atendido. Mientras comen mis compañeros, una multitud de hormigas



lleva pedazos vegetales a un hoyo. Randa, una de las chicas de la caravana, me dice que se llaman arrieras y que todas llevan las hojas para hacer el nido. Extraordinario, es ejemplo de trabajo en equipo. La solidaridad y la colaboración son valores que se pregonan entre humanos pero no se practican; estos insectos lo hacen.

El altoparlante de la comuna es estridente, llaman a los jugadores de fútbol al campo de juego. Rondas infantiles y corrillos de adultos buscan un lugar fuera de la línea blanca que da forma a la cancha. Los equipos salen elegantemente uniformados. ¡Están muy vistosos! Lo donaron los candidatos de la última campaña electoral. Los políticos que llegaron al lugar nunca ganaron las elecciones, pero los jugadores lucen muy bien; aquí, eso es lo que importa.

Gritos y silbos motivan a los jugadores a concretar el anhelado gol. Aplausos sonoros empujan a los delanteros y sus remates mueren en la destreza del arquero rival. Vivas de simpatizantes e

insultos de contrincantes revientan carcajadas colectivas. Ninguna barra guarda rencor por lo que escucha, es cuestión de pasar bien, divirtiéndose dicen algo y reciben la contraparte. Están alegres.

Una pertinaz lluvia en el regreso. ¿Paraguas? Las hojas de palma o de plátano son buenas en la tormenta, aunque mojan más los pantalones de aventura. Varias cuestiones resbalan en la empinada entre el aroma de orquídeas:

— Por lo que se ve, es serranito, ¿verdad?

— ¿Vino para quedarse?

— ¡No sé, depende! —digo.

— ¡El que viene se queda! ¡Si toma agua de guayusa frotada en la pierna gruesa, ya nada!

En la habitación se hospedan melancolía y perspectiva: enseñar teorías, literatura impresa, diseños de papel; son cosas del ayer. La Amazonía es una biblioteca natural, un gigante laboratorio para todas las ciencias, donde la creación y la evolución se hermanan. La vegetación y la zoología abundan, en menos de un metro cuadrado hay una enciclopedia de vida para estudiar.

El barrio, miradas de vecinas chismosas, cosas de familia, habladurías de "pueblo chico, infierno grande" se cuelgan en las cortinas del tiempo que pasa; pero vuelven a la memoria con menos frecuencia. Al amanecer: el trabajo, compañeros y estudiantes van siendo la nueva rutina. Las añoranzas ahora duelen menos. La realidad me está adoptando; o quizás me estoy adaptando al sistema.

El llanto de mi madre y su bendición reviven en mi alma todas las mañanas. Tal vez ella siga llorando en sus amaneceres de nido vacío. Aquí, entre el canto de los gallos y los gritos de la vecina a su hijo para el desayuno, inicia mi jornada diaria. Al colegio a trabajar, para esto vine. Como dice la canción: "Al Oriente a trabajar".

ÁNGEL VÍCTOR GUAMBO
nació en Riobamba-Flores, Chimborazo, en 1961. Trabaja en la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Achullay. Su actividad favorita es leer cuentos con los educandos.

El sueño no se cumplió

Al recibir mi primer nombramiento, para ir a trabajar en la comunidad Gualipite Rumiloma, del cantón Guamote, sentí una alegría infinita, porque me imaginaba el espacio donde prestaría mis servicios como un sitio hermoso, donde habría muchas casas y un local escolar amplio y adecuado, con todas las condiciones. Pero cuando llegué al lugar designado, me



llevé una gran desilusión, porque no todo lo que soñé era realidad. No había transporte, existían pocas casas, la escuela era una choza vieja y de igual forma era la vivienda del profesor. Además me encontré con costumbres muy diferentes, que me llamaban la atención, y con un clima frío penetrante. Y me encontré con indígenas con vestimentas hechas de cuero de ovejas (yo no comprendía el objeto de sus atuendos), y escuché un diálogo acalorado en su idioma, que me hizo creer que eran personas raras y que atacaban a los forasteros. Sin embargo, uno de los indígenas disfrazados me hizo comprender que debía mantenerme tranquilo, que las discusiones entre ellos nada tenían que ver con el profesor.

Pensé no aceptar el cargo, por la distancia y las dificultades anotadas, pero al mismo tiempo me di cuenta de que no era razonable seguir siendo hijo de familia, que mis padres se habían

sacrificado para darme una profesión. Estas son las razones que tuve para resignarme y abrazar la profesión magisterial.

Poco a poco me acostumbré a todo. Admiraba el paisaje hermoso del campo, el trinar de las aves, el sonido de los pajonales; lo más grandioso y emocionante era la humildad de los niños, las niñas y su buen corazón, que se parecía a una bella flor.

Ahora conservo esos momentos inolvidables como los más felices de mi vida, y los guardo como una joya preciosa en el cofre del amor.




MARCO IDELFONSO TINITANA
nació en Cariamanga, Loja, en 1965. Trabaja en la Unidad Educativa Jondachi. Su actividad favorita es enseñar.

Un aprendizaje auténtico

Transcurría el año 1985 y yo me había graduado de bachiller en el Colegio Nacional Eloy Alfaro de Cariamanga, provincia de Loja. Estaba en casa de mis padres, ayudándoles en los trabajos diarios y, como muchos adolescentes de mi época, no tenía planes para el futuro. Un día me sorprendió una noticia que me hicieron llegar de mi hermana, que es religiosa de la Congregación

Salesiana y vivía en el Oriente, en la provincia de Morona Santiago. Ella me decía que viajara al cantón Gualaquiza, a una parroquia de nombre Bomboiza, que está a unos diez kilómetros de la cabecera cantonal. El motivo era para que remplazara a un profesor de la misión salesiana que, por motivos de salud, no podía continuar dando clases en el instituto F. M. Bilingüe Shuar.

Hasta entonces no comprendía la magnitud de lo que me estaba solicitando. Primero, no conocía el lugar, solo sabía que era muy distante y en una región selvática de nuestro país; además no tenía ninguna experiencia como profesor y recién había terminado el bachillerato. Sin embargo, me ilusionó conocer y experimentar algo que marcaría mi vida. Por otro lado, iba a estar con mi hermana. Eso me animó más e inicié el viaje con mi padre, quien me acompañó porque conocía un poco esos lugares. Me contó que en su juventud había viajado al Oriente, por Zamora, hasta Yantzaza.

Transcurrieron varias horas en transporte público desde Loja y por la tarde estuvimos en el lugar de destino. Era la Misión Salesiana de Bomboiza, y adjuntos estaban la iglesia y el instituto donde debía dar clases. Fui recibido con alegría por mi hermana, que también era profesora de ese plantel. Luego de un descanso merecido me puso al tanto de las sorpresas que tenía preparadas para mí. Recuerdo que me dijo:

—Te harás cargo de Matemáticas y Física, en cuarto, quinto y sexto cursos, porque esas materias son las que estaba dando nuestro compañero Remigio, quien tuvo que viajar a Quito para un tratamiento médico. Los chicos de este colegio, en su mayoría, son shuaras. Son internos de nuestra misión. Otros vienen de localidades aledañas. Son tranquilos y solo tienes que aprender un poco su idioma. —Luego me preguntó—: ¿Qué me dices?

No estaba seguro. Después de titubear, le respondí:



—Acepto, después de todo, para eso viajé tan lejos.

Ella me insistió con un tono muy firme:

—Lo más importante: nunca digas que no puedes o que no sabes. De alguna manera trata de salir. No me vayas a hacer quedar mal.

Después de esto me entregó el horario de clases, la lista de estudiantes y los textos para que me preparara para el día siguiente, porque me iban a presentar como el nuevo profesor.

Nunca le conté a mi hermana lo preocupado que estaba por las asignaturas que tenía que dar. Aunque en el colegio había recibido Matemáticas y Física, no era lo mismo ser estudiante que profesor. No me acordaba de lo que me habían explicado y mis especialidades eran Química y Biología. Esa noche casi no dormí porque me quedé revisando los temas de Física y desarrollando

algunos ejercicios de Matemáticas, para que no me sorprendieran. Cerca del anochecer observé a los estudiantes internos que llegaban después de haber realizado sus trabajos en la misión. Me parecía que todos eran iguales, por sus rasgos faciales, característicos de su etnia. Había momentos en que hablaban un idioma diferente y luego mezclaban sus conversaciones con el castellano. Me sentía nervioso y estaba desconcertado por lo que ocurriría al otro día, cuando estuviera frente a ellos.

Al día siguiente estuve muy temprano en el colegio. Luego de la formación, los estudiantes ingresaron a las aulas. De acuerdo al horario, me correspondía dar Matemáticas a sexto curso. El rector del plantel me presentó en su idioma nativo, shuar. No entendía ni media palabra, no sé qué diría, pero por la manera en me miraron todos, intuí que les pidió respeto y colaboración. Luego me dio paso para que continuara con la clase. Yo era un manojo de nervios y no sabía cómo empezar. Era la primera vez. Todos tenían sus miradas fijas en mí. Empecé registrando la asistencia con dificultad, porque no podía pronunciar bien sus apellidos (Unkuch, Tsukanká, Mashu, Tiwi, Tsamaraint, Pujupat, etc.). Luego les pregunté sobre el último tema que habían visto y uno de los estudiantes me preguntó:

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho años —le respondí.

Sin duda, la pregunta trataba de darme a entender que era muy joven para ellos, ya que en su mayoría tenían la misma o más edad que yo. Les escribí en el pizarrón unos ejercicios de los que había desarrollado la noche anterior, fui explicándoles, paso a paso, tratando de no equivocarme y evitando en lo posible las preguntas. El tiempo de la hora de clase se me hacía eterno, lo que quería era que terminara y salir, no me sentía nada cómodo. Al fin sonó la campana de cambio de hora, me despedí y salí rápidamente al

siguiente curso que me esperaba. Así continué hasta concluir con la jornada de trabajo de ese día.

En los días subsiguientes fui conociendo al clero que regentaba la misión salesiana, así como al resto de profesores y directivos de la institución educativa, quienes me brindaron su apoyo. Mientras, con los estudiantes trataba de entablar pequeños diálogos, los iba conociendo mejor y ellos me empezaron a enseñar algunas palabras en shuar que hasta ahora recuerdo: *tui weam* = dónde vas, *entsa* = río, *yuminsagme* = gracias, *chai wiñiaje* = buenos días, *atsá* = no, *wiñia naar* = mi nombre es, etc.

Íbamos en grupo llevando sal al ganado, le dábamos agua, lo cambiábamos de lugar, luego a nadar y a pescar en el río, hacíamos deportes y por las tardes les ayudábamos a que realizaran las tareas; en fin, resultaron ser unos chicos maravillosos. En las noches continuaba preparándome en los temas que se me hacían difíciles. A pesar del avance en cuanto a la adaptación al lugar y al ambiente, estaba incómodo con las asignaturas que tenía que dar. Hubiera preferido que fueran de mi especialidad para tener un mejor desempeño. Los primeros meses fueron críticos y estuve a punto de renunciar, si no lo hice fue por el ánimo que siempre me daba mi hermana. Después me acostumbré de tal manera que, al terminar el año lectivo, podía desenvolverme con mayor seguridad. Eso me ayudó posteriormente, en el último año de universidad, cuando me tocó realizar la práctica docente en el colegio donde me había graduado.

Al hacer una retrospección de esta experiencia, no la considero frustrante; por el contrario, la considero muy positiva, porque marcó el inicio de mi carrera como docente. Fueron alrededor de ocho meses de un aprendizaje auténtico, en los que aprendí más de los estudiantes que ellos de mí. Debo admitir que me costó como un sacrificio, porque no solamente era el trabajo como docente,



sino que también estaban mis responsabilidades como parte de la misión, donde me asignaron tareas específicas. Sin embargo, supe ganarme el aprecio de los estudiantes y las autoridades de la institución, que incluso me ofrecieron la oportunidad de continuar el siguiente año lectivo, pero no lo hice porque mi destino era otro.

Al término de ese año lectivo regresé con mis ideas mejor organizadas y con la meta clara de ser profesor. Así que me inscribí en la Universidad Técnica Particular de Loja, extensión Cariamanga, para continuar con mis estudios en Ciencias de la Educación, hasta obtener el título que hoy ostento. Han transcurrido treinta y dos años desde aquella experiencia maravillosa. Atrás quedaron la selva milenaria, con su verdor y sus encantos, y esos hermosos recuerdos que han enriquecido mi formación profesional, los cuales me complace compartir porque considero que, al hacerlo, estoy dejando una constancia, una huella de lo que he vivido.




JUDITH YOLANDA CAIZA
nació en Pujilí, Cotopaxi, en 1978. Trabaja en la Unidad Educativa Gonzalo Pizarro. Su actividad favorita es escribir.

Luchar para triunfar en la vida

Recordar es volver a vivir aquellos sucesos importantes ocurridos en la vida. Cuando apenas tenía ocho años de edad, mi padre decidió cambiarnos de escuela a mí y mi hermano menor, fuimos del campo a una institución de la ciudad en el centro del cantón Pujilí, la cual estaba ubicada a veinte minutos de mi hogar. En aquel entonces pasaba a quinto grado y mi hermano a tercero.

Como toda niña tímida que va por primera vez a una escuela nueva, sentía que era una persona muy extraña para los demás; al observar nuevos compañeros y nuevos profesores me di cuenta de que todo era diferente al lugar de donde yo provenía.

Cierto día cayó una fuerte tormenta en la hora de clases, lo cual hizo que se inundaran los patios del establecimiento y nos impidió transitar por el lugar. Yo tuve que quitarme el calzado para que no se mojara y caminé por el agua, cargando mis zapatos en brazos, hasta lograr salir del lugar inundado. Cuando intenté subir a una camioneta para regresar a mi casa se me hizo incómodo, porque no tuve tiempo de calzarme, y cuando el auto empezó a rodar, a unos cincuenta metros, se me cayó un zapato de mis manos. Desesperada, sin pensarlo dos veces, tuve que saltar, sin que el carro parara, para poder recuperarlo. Para mi mala suerte, caí en un charco de agua, y ahí me quedé, sola, abandonada y llorando, porque no conocía bien la ciudad. Cuando, horas más tarde, llegué a la casa, mi padre estaba muy enfadado porque no había llegado a tiempo.

La secundaria fue una etapa muy difícil, de mucho sacrificio para poder superarla y salir adelante. Además teníamos la obligación de ayudar a nuestros padres, de una forma muy desinteresada, con las tareas del campo. Debía llegar del colegio a la casa lo más pronto, servir los alimentos y salir a trabajar en las labores de la agricultura: alimentar a las vacas, los chanchos, las ovejas, los cuyes, los conejos; ayudar en la siembra y, a la vez, en la cosecha de los productos que se cultivaban en aquel entonces, para que de esta manera mis padres pudieran solventar los gastos de mi educación. Yo realizaba esta tarea muy gustosa, sin exigencia alguna, porque sabía que mi deber era contribuir con las labores del campo, ya que mis padres no tenían profesión, solamente vivían de la agricultura para poder educarnos a mí y



a mis nueve hermanos. En aquella época, veía el trabajo como un entretenimiento, lo hacía sin ningún tipo de reproche, y a partir de las ocho me dedicaba a realizar las tareas escolares, hasta altas horas de la noche. Esta tarea fue muy complicada, pero no imposible; todo lo que hacía era por salir adelante y no estancarme, porque mis padres siempre quisieron que todos los hermanos tuviéramos una buena educación.

Todas las mañanas tenía que madrugar a las cinco, para ayudar a mi padre a ordeñar la leche, porque él sufría de una enfermedad que se llama artritis, que no le permitía exponerse mucho al frío. También debía ayudar a cortar la alfalfa para los cuyes y los conejos, porque en aquella época teníamos muchos animales y mi padre no alcanzaba solo. Mi madre salía todos los días a la ciudad, a repartir la leche en cada casa, y regresaba a las diez de la mañana. Esa era la rutina de todos los días, de la cual me siento orgullosa,

por haber contribuido en todas las actividades que se realizan en el campo cuando mis padres más me necesitaban.

Finalmente concluí una etapa importante en mi vida estudiantil: logré graduarme de bachiller en el Colegio Nacional Provincia de Cotopaxi. Luego de haber cursado seis años de estudio, me sentía feliz por formar parte de un grupo de bachilleres útiles para nuestra sociedad.

Pero para mí no fue suficiente haber alcanzado un título de bachiller y, gracias al apoyo incondicional de mis padres, tanto económico como moral, tuve la gran oportunidad de ingresar al Instituto Superior de Pedagogía Belisario Quevedo, para alcanzar el sueño que tanto anhelaba: ser formadora de niños. Me preparé durante tres años consecutivos, hasta que concluí mis estudios y me gradué como una profesional; obtuve el título de Profesora en Educación Primaria el mes de julio del año 1998.

Siempre tuve el anhelo de ejercer la profesión para la cual me había preparado. Sin importarme el lugar adonde me asignaran, acudí a la que en aquel entonces era la Dirección Provincial de Educación de Cotopaxi. Allí presenté la documentación solicitada para ser tomada en cuenta en el grupo de ingresos para ocupar vacantes y así poder formar parte del Magisterio Nacional. Luego de esperar un año y medio, en el mes de abril del año 2000, fui tomada en cuenta para poder ocupar un cargo como empleada pública, y tuve la oportunidad de ser designada para ocupar una vacante en la escuela fiscal Latacunga, ubicada en el recinto Yasaucho de la parroquia El Corazón. Acepté gustosamente, sin haber pensado en el lugar ni a qué distancia estaba ubicada la institución educativa.

En esa escuela ejercí mi profesión por primera vez y por un lapso de trece años con seis meses, en los que viví la experiencia única de haber compartido con niños y niñas de diferentes edades

y de haberlos preparado para que pudieran defender y continuar con sus estudios en la secundaria.

Sin embargo, por tener un déficit de estudiantes, la institución antes mencionada fue cerrada y yo fui reubicada a la escuela de Educación Básica Ab. Jaime Roldós Aguilera, en el recinto El Empalme. Aquí adquirí nuevas experiencias en el ámbito educativo y tuve la gran oportunidad de prestar mis servicios durante nueve meses. Pero esta institución tampoco contaba con el número necesario de estudiantes, razón por la cual fui cambiada a la U. E. Gonzalo Pizarro, donde desempeño mi función hasta la actualidad, con mucho optimismo y sin dejar pasar por alto las buenas oportunidades que se me presentan en el trajinar de la vida.




HÉCTOR CALDAS
nació en Arenillas, El Oro, en 1963. Trabaja en el Colegio de Bachillerato Camilo Gallegos Toledo. Su actividad favorita es leer libros de Filosofía y Literatura.

Mis andanzas, mis vivencias

Era sábado y me desperté con un no sé qué que me inquietaba. Ese día como que empezó un poco raro, como que yo amanecí diferente: un hormigueo invadía mi nostalgia, estaba como inquieto, medio ido, no me entendía ni yo mismo. Como que algo prevenía mi futuro. De pronto, el agudo sonido del teléfono me desencajó de esta situación.

— Aló, buenos días —atendí.

— ¿Con el señor Héctor?

— Sí, con el mismo —contesté.

— ¡A Gualaquiza!

— A G-u-a-l-a-q-u-i-z-a —repetí muy lentamente y en voz alta.

— Sí, usted ganó el concurso de profesor para Gualaquiza.

Entonces pensé: "Tengo que ir a trabajar en un colegio del Oriente", pues así llamaban a esta región antes. La curiosidad incluso me llevó a consultar un antiguo mapa del Ecuador para ver dónde queda Gualaquiza. Mi espíritu aventurero siempre me hacía decir: "Me he de ir a trabajar lejos, por el Oriente, no sé, por ahí, bien lejos". Entonces, era como que ese anhelo de aventurero, de nómada innato, empujaba mi destino.

Atravesé muchas vicisitudes para llegar a mi nuevo lugar de trabajo. Fueron diez horas de viaje en un bus "extremadamente cómodo", tan cómodo que parecía moler los huesos en cada oquedad del terreno y nos hacía saltar desde nuestros asientos hasta el techo mismo del vehículo.

Cuando llegué a mi nuevo colegio sentía que todas las miradas se posaban en mí. "Es el profe nuevo", decían. "¿De dónde vendrá? ¿Dónde nació?", se cuestionaban. "¿Dónde nació, profe? ¿De dónde viene?", se aventuró a preguntar la más intrépida.

"¡Y qué caramba les interesa dónde nací!", refunfuñé para mis adentros. Entonces esta pregunta, cual duda filosófica, me llevó a mi infancia y a cuestionarme: ¿De dónde vengo? ¿Hacia dónde voy? ¿Por qué estoy aquí?

Inspirado, con esa chispa que se requiere para romper el hielo, les dije: "Yo... yo soy como esos camioncitos de carga que llevan aquella leyenda muy sugestiva: vengo recorriendo Costa, Sierra y Oriente".



Sí, sí, claro, yo nací en la Costa, me fui para estudiar el colegio a la Sierra y ahora estaba en el Oriente. Sí, yo nací en El Oro, capital bananera del mundo, en Arenillas, floreciente cantón caracterizado por su producción de banano, por la sencillez y el cariño de su gente, por la franqueza y picardía del costeño, del *mono*, más claro. Con ese dialecto tan propio, como muy acelerado, picante, pegajoso, caluroso como su clima. La gente siempre gritando: "¡Pesca'o fre'co!"; o en la tienda: "¡Véndame una *pecsi*!", por *Pepsi*; "¿Cuál es el *concecto*?", en vez de *concepto*; "Deme una libra de arró'"; "Me duele el pies"; y nunca un diminutivo, jamás la *manito*, el *ojito* o *fulanito*, simplemente la *mano*, el *ojo* o *Pedro*; el *abuelo*, el *tío*, etc.

Y las comidas… ah… las comidas: el bolón de verde, los mariscos, la fritada con yuca o plátano, el molido con chicharrón… y el ingrediente que nunca debe faltar: el arroz. "Que haya arroz aunque no haya Dios", rezaban los mayores.

Luego, casi entrado en la adolescencia, a los doce años de edad, mi padre, otro nómada confeso, comunicó a toda la familia que nos íbamos a vivir a Cuenca. La Atenas del Ecuador, ciudad culta, de historia y tradición de poetas y pintores, de intelectuales y filósofos. La bella Cuenca del Ecuador.

Entonces me alegré. "Donde mis abuelos", pensé, con mis primos, mis tíos, mis… bueno, pues donde *mi family, loco*, *mucha nota*, *aguántate la sapada*.

Y llegamos a Cuenca. Era un mundo nuevo, un lenguaje nuevo, comida nueva, dialecto nuevo, todo diferente… muy diferente. El *bacán*, el *chévere* se convirtieron en *gara*: "¡Qué *gara* esa camisa!". El "Vamos en colectivo" se convirtió en "Vamos en bus". El *abuelo* era *papito* y la *abuela*, *mamita*, el *tío* se convirtió en *ñaño* y el *pana* en *yunta*. Y las comidas: papitas con cuy, sancocho con mote pillo. Además, puro diminutivo: la *manito*, el *ojito*… Me sonaba todo raro, pero creo que el raro era yo en ese mundo nuevo. En el mercado era: "Venga, mi bonito, lleve el choclito, suquito bonito, mi amorcito, venga al hornado, venga, vea, pruebe la cascarita, lleve, lleve, vea…" ¿Pero es a mí mismo al que llaman? ¡Yo suquito! ¿Cómo así?, si yo soy morenito… "¡Pruebe la cascarita!"… ¿Cascarita? ¿Qué cascarita? Oh, pero cómo, la cascarita ha sido el cuero del chancho doradito. ¡Qué locura! Y el cantadito, ese susurro al hablar, ese lenguaje dulce, melosito, susurrante, como muy sugestivo y amable, que hace más encantador y folclórico al *morlaco*. ¡Oh, qué bárbaro! "Este es mi nuevo mundo", pensé. Choque de contrastes, culturas diferentes, somos multiculturales.

Hasta que llegó la hora: a Gualaquiza se ha dicho. Gualaquiza la exótica, la bella, la desconocida y misteriosa, cual mujer que deslumbra por no ser común, por no ser corriente. Gualaquiza de gente amable, saludadora, franca y sincera. La auténtica "Perla de la Amazonía". La calurosa, sobre todo en noviembre, fecha en

la que llegué y quedé impresionado por su vegetación y su gente, por su calma y su peculiar modo de vida. Y es que parecía que en Gualaquiza el tiempo había hecho una pausa.

Era 1991, finales del impresionante siglo XX, siglo del avance tecnológico, del despegue de las comunicaciones, del sistema eléctrico interconectado, de la computadora, de los autos último modelo, de la televisión por cable y la introducción del internet en las principales ciudades ecuatorianas. Pero esto es genuino: camino al colegio escuché un ruido ensordecedor. Era un enorme motor generador de energía eléctrica a diésel, tan grande que podría llenar un cuarto como el que Atahualpa llenó de oro para pagar por su vida al facineroso conquistador español, que igual, de malvado, segó la vida del indígena. Así se daba el servicio de energía eléctrica aquí, y por pocas horas.

De repente, el ambiente cambió, en este sector de la patria se pasa del intenso sol a una torrencial lluvia, y luego más sol y más calor.

Ansioso, me dirigí a mi lugar de trabajo. Un sinfín de miradas me dieron la bienvenida, miradas curiosas, inquisidoras, sonrientes unas y de sorpresa otras. Y un nuevo vocabulario, un nuevo dialecto, medio aserranado y medio autóctono, una fina mezcla de sus ancestros azuayos, con un matiz original. Me encontré en un ambiente pluricultural: alumnos mestizos y shuar en convivencia armónica, respetando y compartiendo sus costumbres. ¡Un verdadero *buen vivir*!

Las seis aulas existentes estaban a medio acabar: cuatro paredes, techo, puertas, ventanas sin vidrios, nada de tumbados, pizarras rudimentarias, piso fundido de cemento —sin baldosas—, nada de tecnología. El aula de la que yo era dirigente tenía sus propias características: paredes sin enlucir, piso de tierra, sin puertas ni ventanas, una gran pizarra móvil enmarcada en madera y una



enorme mesa de madera rodeada de dos grandes bancas donde se sentaban y compartían los ocho estudiantes de la primera promoción de Físico-Matemáticas.

Tengo nostálgicos y bellos recuerdos de donde aprendimos a ser maestros, a forjar alumnos honestos, trabajadores y triunfadores, educados en el estudio y el trabajo, en la minga y el deporte. Mis nuevos pupilos me decían: "Profe, ¿ya comió chonta? ¿Ya se sirvió las hormigas? ¿Ha tomado chicha de yuca y de chonta?". Más algunas palabras en shuar: "¿Ha comido *shushui*[1]? ¿Ya comió el *káshai*[2]? ¿Conoce el *corroncho*[3]? ¿Y el *muquinde*[4]?"... las preguntas seguían. Y es que en estos lares las compras se hacen en la tiendita del barrio y en su único mercado. Será por eso que todos se

1 Armadillo.
2 Guanta.
3 Pez.
4 Gusano de la chonta.

saludan, se conocen y conversan entre sí: "¿Qué tal, cómo está la familia?", se preguntan. Aquí no hay Supermaxi, ni almacenes Tía, ni hipermercados; no, aquí se practica la sociedad colectiva, todos nos conocemos y todos nos respetamos, las vecinas convidan sus productos, no hay individualismo.

El hombre se relaciona con múltiples culturas, migra, no es estático. Quien es estático se resigna a no conocer y quien no conoce muere en su conformismo. Migraremos también de la vida a la muerte, por los siglos de los siglos.

BETTY ESPERANZA MORA
nació en El Ángel, Carchi, en 1977. Trabaja en la Unidad Educativa San Isidro. Su actividad favorita es leer.

La educación en un rincón de ensueños

Todo inició el mes de junio del año 2001, cuando fui designada para laborar en un lugar muy hermoso, de bellos paisajes, rodeado de la naturaleza majestuosa, con gente amable, respetuosa y colaboradora; aquel pueblito de ensueños se llama

Puchués. Con gran júbilo, recorrí una encantadora escuelita que llevaba por nombre Aurelio Espinosa Pólit, institución que albergaba a pocos estudiantes, desde primero hasta séptimo de Educación General Básica. En cada una de sus aulas cursaban mínimo dos y máximo siete estudiantes, todas pertenecientes a un inigualable caserío.

El trabajo desplegado llevaba consigo una propuesta metodológica innovadora, un servicio de aprendizaje definido como "un servicio solidario destinado a atender las necesidades reales y sentidos de una comunidad, que busca el desarrollo y engrandecimiento de sus familias".

Desde mi experiencia como maestra, siendo guía de los estudiantes, amiga de los padres de familia y un miembro más del caserío, día a día, como un agricultor surca los campos, yo edificaba las destrezas cognitivas, afectivas, motrices y volitivas en la mente y el corazón de los estudiantes. Los infantes venían cargados de deseos de aprender y compartir, y lo hacían en las pequeñas aulas donde se reunían todos los estudiantes, sin importar su grado o año de estudio. Los pequeños aprendían de los grandes y los grandes de la inocencia de los pequeños. Llegada la hora del recreo, los patios de la escuelita se alegraban con gritos y juegos, eran momentos de competencia, de compartir su refrigerio, de conversar sobre sus experiencias y aprendizajes.

Y cómo no recordar a los incondicionales padres de familia, que con gran tesón, desde sus hogares humildes, formaban a sus hijos. Muy por la mañana ya estaban prestos a enviarlos a la institución que crearon con gran esfuerzo, lucha y trabajo para educar a su pueblo. Qué grato trabajo desarrollaron en la educación de sus hijos, a través de su ejemplo, arrimando el hombro para mantener el estado físico de la institución y colaborando en las actividades sociales, deportivas y culturales a desarrollarse.



¡Oh, noble escuelita! Catorce años me acogiste y hoy tus aulas se cerraron. En tus patios ya no hay la alegría de tan humildes chiquitines. Hoy te recuerdo como el templo que un día brindó las mejores enseñanzas para que la gente del pueblo de ensueños labrara los destellos del saber.




VÍCTOR ALCOSER
nació en Guamote, Chimborazo, en 1956. Trabaja en la Unidad Educativa Velasco Ibarra. Su actividad favorita es conversar.

El cuento se hizo realidad

En la comunidad de San Pablo de Gramapamba se encuentra la escuelita Salvador Bustamante. Fui docente allí por muchísimos años, tiempos que fueron muy agradables, ya que trabajé con los estudiantes más pequeños. Su imaginación volaba cada instante con las perdices, los guarros y, muchas veces, el cóndor.



Un día tuvimos que escenificar el cuento sobre el lobo y la Caperucita Roja y, para ello, di las indicaciones generales sobre el lugar donde llevaríamos a cabo la dramatización. Nos trasladamos a pie hasta el sitio, donde hay cuevas naturales. Al llegar, Juan, el niño al que le tocó hacer de lobo, sin esperar que diera la indicación para iniciar la representación, dijo: "¡Voy a entrar en una cueva para aullar como un lobo, y salir al encuentro de Caperucita!"; pero, ¡qué susto pasó el niño! Dentro de la cueva estaba una loba con sus dos cachorros y el momento en que el niño se acercó, la loba abrió su hocico queriendo atacarlo. Juan quedó paralizado en la entrada de la cueva. Solamente atinó a gritar: "¡Auxilio, auxilio! El lobo me come". Corrí como en mis tiempos de atleta y, de un salto, le agarré del poncho y lo retiré antes de que las fauces del animal le hicieran daño. Lo llevé donde estaban los demás compañeros: unos niños gritaban, otros lloraban y otros no sabían qué pasaba.

Era un caos total, así que, en voz alta les dije: "No teman, que la loba está defendiendo el territorio que le pertenece, por lo tanto, si no la molestamos, ella no nos hará daño".

Regresamos a la escuelita y, ya más tranquilos, comentamos que una parte del cuento se había hecho realidad.




EULALIA MARGARITA ACURIO
trabaja en la Unidad Educativa del Milenio Cacique Tumbala.

Mis manos

Pujilí es una pequeña ciudad donde la gente es muy tranquila y muy trabajadora, allí crecí yo. Era muy niña cuando conocí el centro, de eso hacen muchos años pero recuerdo bien el motivo de mi visita.

Mi mamá, una mujer muy echada pa'lante, consiguió que me dieran trabajo con las señoras que vendían comida los domingos. Mi trabajo sería lavar los platos, lo debía hacer tantas veces como vinieran los clientes a comer. El día se terminaba cuando las ollas quedaban completamente vacías, lo que significaba que también las debía lavar; eran tan gigantes, podría decir que me metía en ellas para limpiarlas. Era así que mis manos, que por naturaleza



eran de color canela, terminaban blancas y hasta con arrugas, y mis uñas parecían acordeones, se las podía doblar de mil maneras.

Los años han pasado y, con esfuerzo, he logrado cambiar de trabajo. Ahora soy maestra. En mi escuela hay varios niños y niñas que me recuerdan esos tiempos, pero ahora mis manos se ven muy diferentes: mis uñas lucen largas y pintadas, las arrugas son el reflejo de los años que han pasado, y entre los dedos y las palmas aparecen un par de cicatrices, cada una de ellas cuenta una historia.

Era lunes por la mañana cuando la vi por el patio principal, caminaba con los hombros caídos y cubierta con una chalina negra, sus ojos estaban completamente desencajados y sus manos parecían querer curar su dolor, pero no lo conseguían. Cuando me acerqué pude corroborar lo que pensaba: era la mamá de Nelly, una de mis alumnas. Al saludar, casi casi se derrumbó en mis brazos, avancé a

sostenerla mientras se quebraba en llanto diciéndome que su pequeña niña había fallecido el domingo por la noche, a causa de una pulmonía, así le dijeron los médicos. Casi no pude hablar, sabía que no había palabras que cubrieran semejante dolor. Entonces entendí que un abrazo superaría el momento, mis manos sostenían las suyas como dándoles consuelo, abrigándolas del frío de la mañana, calmando su rehilar; fue un momento casi infinito, mis manos terminaron casi lavadas con las lágrimas de aquella madre destrozada.

Pero lo peor aún no había llegado, luego de un mes volví a ver a Fabiola, esta vez su visita casi me derrumba en la entrada de la escuela. Su mirada parecía resignada, sus hombros, levantados, en sus manos sostenía un par de bultos, no entendía lo que pasaba. Cuando me acerqué a saludarla, me abrazó fuerte y esta vez sus manos parecían consolarme, las mías se quedaron perplejas pues, mientras me entregaba aquellos bultos, me explicaba que había sido deseo de Nelly compartir con su maestra, a quien en ocasiones decía "mamá", la cosecha de ese año. Su madre no podía dejar de cumplir la última petición de su inolvidable hija.

Fue entonces cuando sentí que una parte de mí se moría con los recuerdos que en ese preciso instante invadieron mi mente. Apenas pude, me quebré en llanto; deseaba llorar, gritar, correr, pero no podía. Entonces le agradecí a la vida por haberme regalado un par de manos que trabajaron mucho para alegrar la existencia de un pedacito de vida que, con su sonrisa inocente, alegró la mía.

De aquello han pasado un par de años, no he vuelto a saber de Fabiola, pero ahora disfruto más siendo maestra. Ganarme la confianza de mis niños es mi reto de todos los días; sé que lo he logrado cuando, al llegar por las mañanas, casi no alcanzo a contestar los saludos de todos, y por las tardes, mi mano se abriga al apretar una delicada manita que me dice: "¡Hasta mañana, señorita!".




XIMENA MERCEDES MARTÍNEZ DE LA VEGA
nació en Ibarra, Imbabura, en 1971. Trabaja en la Unidad Educativa Atahualpa. Sus actividades favoritas son la escritura y la música.

Capítulo 43

Voy a relatar el capítulo 43 del libro de mi vida, pues sé que al compartirlo encontrará un lugar en la mente de mis queridos lectores. Lo hago antes de que el viento implacable de los años arranque de mi memoria este, mi tesoro personal de experiencia de vida.

Fue hace cuatro años, cuando el estado de mi salud empeoró, que escuché de una compañera de trabajo la posibilidad de un cambio de la institución donde trabajaba a la ciudad donde yo

residía. Para ello era necesario obtener un título en pedagogía pues yo me especializaba como docente de Ciencias Naturales. Ante la necesidad imperiosa busqué durante varios años cumplir con este requisito. Tras largas mañanas y tardes de esfuerzo logré mi segundo título como docente en Pedagogía Parvularia. Era algo inusual, pues de ingeniería agroindustrial a ello, no había ningún punto convergente, pero lo hice.

Ahora, ¿qué hacer? La vida te da respuestas, a veces no las buscas, solo caminas los senderos que ya están destinados para ti. Es así como la oportunidad se presentó en la misma institución: se abrió una vacante como docente de parvularia y poder lograr ese año el requisito para salir a la ciudad y mejorar mi situación de salud. Sin pensarlo dos veces, acepté. La autoridad me destinó durante las vacaciones un aula vacía, detrás del patio principal, como aula para lo que sería "Inicial 1", paralelo B, a cargo de la señorita Ximena.

Con esmero e ilusión de aplicar lo aprendido, trabajé solícitamente durante las vacaciones para decorar con materiales vistosos y encantadores colores creando imágenes atrayentes para los niños que serían mis alumnos. Me sentía un poco asustada porque siempre había trabajado con adolescentes de básica y de bachillerato, y mi nueva realidad era parvularia con niños de tres y cuatro años de edad.

Me sostenía en mi fortaleza mi anhelo interior de lograrlo, para trabajar con amor, aunque no tenía experiencia. ¡No sabía tratar con niños tan pequeños! ¿Qué sucedería? Llegó el día esperado y la inauguración del nuevo año. Recuerdo aún sus caritas frente a mí, expresando temor, curiosidad y otros niños estallando en llanto pues se separaban por primera vez de sus padres.

Con los brazos abiertos, alegría en las canciones y juegos, poco a poco se acostumbraron a mí. Dulce es el fruto de la paciencia. Pero se dificultó la situación porque ingresaron niños de Tapiapamba



y con ellos los problemas, ya que querían imponerse a los demás sin respetar las reglas ya establecidas. Al principio: golpes, peleas, llantos por los juguetes; así era la rutina diaria. Andrés, Lenin, Paula, Jayder, todos ellos ocuparon mi mente y mi constante esfuerzo para inspirar en sus pequeñas vidas un cambio que los hiciera adaptarse al grupo.

Sin embargo hubo una niña, Tania, la que ocupaba mi corazón, su desnutrido, frágil y pequeño cuerpito tímidamente solía acercarse a recoger su material de trabajo. Ella y su madre de escasos recursos económicos habían llegado a Urcuquí por el trabajo de su marido en Yachay.

Un día, Tania no quiso jugar, y pasaba quieta, triste. Entonces solo la observé y me di cuenta de que la causa eran sus zapatos, viejos y raídos, casi sin suelas. Eso caló hondo en mí y decidí comprarle unos. Al próximo día, yo mismo le coloqué en sus pies sus nuevos

zapatos. Su sonrisa y dulce abrazo fueron el agradecimiento más sincero que yo he recibido. Ahora ella era libre, podía jugar, saltar, correr como los demás niños; libre de su pobreza, por lo menos por un momento, ignorante de su triste realidad.

Los hábitos de aseo y trabajo fueron ganando espacio, las manitas prontas con las palmas avivando las canciones entonadas con mi guitarra crearon el momento adecuado para iniciar con ellos un nuevo aprendizaje. Una noticia, un árbol, el vuelo de un pájaro, el color de su vestido, todo en ellos era nuevo, inspirador. Además del continuo "¿Por qué, señorita Xime?". La magia de manipular la plastilina, arrugar papel, plegar abanicos, fue llenando sus hojitas diarias de bellos trabajos infantiles.

Llegó Navidad, y con ella una noticia poco grata porque el señor alcalde decidió abrir un terreno, frente al aula, y con ello comenzaron las dificultades. Todos los juguetes, trabajos, sillas, mesas se llenaron de tierra, era imposible trabajar, además las ratas se apoderaron del aula al quedarse sin sus propias guaridas. "Ahí, ahí", eran los gritos de los niños cuando las veían correr despavoridas. Muchos niños enfermaron y comenzaron a faltar a clases y nadie podía hacer nada para evitarlo. Los padres de familia trabajaron arduamente para mejorar la situación y mi propia salud estaba más quebrantada que nunca. En mi escritorio pensaba y quería desistir, pues el anhelo de lograr el cambio se iba desvaneciendo pero una fuerza interior recorría mi cuerpo, me levantaba, me animaba.

Poco a poco volvió la calma y los niños fueron volviendo uno por uno, aunque se habían olvidado de lo aprendido. Estábamos próximos a celebrar el Día del Maestro y sabiendo que la música es un lenguaje universal tomé la guitarra y entoné una melodía al maestro que sin duda despertó su interés. "Esa, esa canción señorita, esa cantemos", fueron las palabras de los niños. Así fue como tras largos repasos sus cantarinas voces sonaban al unísono con una



formidable seguridad y alegría. Ya en el programa muchos padres de familia lloraban, otros sonreían, tenían muchos sentimientos en común. Al final hubo un sonoro aplauso que fue sin duda la respuesta al logro conseguido. Fue un gran día.

Dos meses antes de finalizar el año escolar el proceso legal de mi cambio se dio, y cuando recibí el documento mis manos temblaban. Lo había alcanzado pero mi corazón se había acostumbrado a ese susurro de tiernas voces, suaves manitas que tímidamente buscaban las mías y cuando me decían: “Vamos a jugar, señorita Xime”, una lágrima rodaba fría en mi rostro. Ese momento entendí que el valor de ser docente se lleva por siempre en el alma, sea cual sea al lugar donde se vaya. Quedarán en mis pupilas sus rostros, el olor del campo, de la inocencia, el vuelo libre de sus juegos y el timbre de mi nombre en sus párvulos labios.

NANCY ROCÍO MORALES
trabaja en la Unidad Educativa Pelileo.

La vida hay que vivirla ese momento

Sonaba la sirena del 28 de octubre de 2013, parecía el anuncio de un día normal de inicio de semana. Como es costumbre, los alumnos salían al patio a formarse en un orden matricial y, con una perezosa predisposición para entonar el himno nacional, recibir indicaciones y escuchar la conferencia estipulada en el

cronograma de actividades. Esa semana era sobre don Quijote y la exponía el rubio José, un docente del área de Lenguaje.

Frente a mis alumnos de noveno año, yo escuchaba con leve atención. El maestro decía que todos llevamos un Quijote adentro cuando, de pronto, la caballeresca novela narrada en aquella disertación pareció tomar cuerpo. Se escucharon dos disparos, miramos a todos lados y no observamos nada, pero con el tercer disparo la sangre se heló en el cuerpo. De inmediato vino a mi mente lo que se escucha en los noticieros a nivel internacional, los atentados que hay en colegios de los Estados Unidos, donde estudiantes con algún trauma psicológico o bajo efectos de alguna droga, o simplemente por el estrés, asesinan a docentes y compañeros. Todo parecía una película, pero sin ensayo previo. Las imágenes reales comenzaban a aparecer tan rápido… "¡Todos al piso —grité—, todos al suelo!". Aproximadamente 1 200 alumnos, docentes y personal administrativo corrían sin dirección fija. Entre choques y caídas, subí unas gradas y, no sé cómo, terminé dentro de la Inspección.

Al parecer no había nadie más que yo en esa sala, pero enseguida observé unos ojos, como de fantasmas, que miraban aquella escena de terror. Detrás de los escritorios de los inspectores estaban escondidos unos estudiantes. Me arrinconé en uno de ellos, donde estaba Luz, una alumna de noveno año que se quejaba sollozante del susto. Tal era la desesperación de la muchacha que le brotaba espuma de la boca y susurraba "Nos van a matar…". No sabía qué estaba sucediendo pero le dije que se calmara, que en ese lugar no nos iba a pasar nada. Oramos suplicando al único que nos va a poner su atención siempre: Dios; le pedí que estuviera con nosotros en ese pasaje que nos había tocado transitar, pero en mi mente, y creo que en la de todos, ya se presentaban ideas poco alentadoras, un escenario de muerte sin esperanza.



De pronto, la puerta comenzó a forzarse y, no saben, los encapuchados la atravesaron trayendo a Eloísa, una maestra de Ciencias Sociales, sujeta del cabello. Los miré de refilón y mi mente quedó en blanco, no sabía qué hacer, fueron los segundos más desesperantes de mi existencia, no pensaba en nadie ni en nada. Entonces uno de los verdugos se empezó a acercar con su rifle, estuve a punto de tener un paro cardiaco, me comenzó a doler el pecho, pensaba que una bala atravesaría mi cabeza y no lo contaría más. En ese momento, unas lágrimas brotaron de mis ojos. El encapuchado caminaba hacia nosotras con una mirada profunda, insensible. Le supliqué: "No nos maten, no nos maten, ¿por qué está pasando esto?", pero él se me acercaba más y más. Mi corazón estaba al límite cuando el hombre me extendió la mano y dijo: "Tranquila, es un simulacro".

En ese momento la indignación se apoderó de mí, lo quería golpear con mi bolso de cuadernos pero me contuve: soy una

docente y mi comportamiento siempre debe ser respetuoso, en este tipo de circunstancias es cuando debe aflorar el ser humano formador de generaciones. Nos repitieron que era un simulacro y que debíamos colaborar hasta terminar la actividad, así que, sin más ni más, me presté para continuar con semejante suceso. Lo que seguía era un rescate por parte de los policías del GOE. Desde afuera de la Inspección amenazaban a los supuestos verdugos, pero aquellos pertenecían al mismo GOE, como parte del simulacro. Continuaron con un forcejeo fingido hasta que cedieron y salimos al corredor, donde se encontraba la autoridad del plantel. Por su rostro, parecía todo menos a gusto. Le pregunté si él había dado paso a semejante barbarie pero no me contestó, supuse que sí lo sabía.

Un caso particular fue el del presidente del Consejo Estudiantil, quien se había lanzado del segundo piso cuando todo empezó, gritaba que lo habían agarrado, no sé por qué, pero eso gritaba; por suerte, como es joven, sus huesos eran blandos y no pasó de rasguños en las rodillas. A una alumna, al subir las gradas para huir, le habían arrancado la falda. Y una docente que estaba embarazada por poco pierde a su inocente bebé; por suerte, no pasó de un susto. El saldo de accidentes fue: tres estudiantes se habían lesionado las piernas; varias docentes estaban golpeadas; la docente de Inglés, al correr, se tropezó en las gradas y el alumnado que circulaba por allí pasó pisoteándola del desespero de salvar sus vidas; a otro docente los alumnos le habían visto caminar en círculos y uniendo las yemas de sus dedos, una por una; los alpargates de algunas estudiantes indígenas yacían en el patio principal; también habían quedado algunas maletas en el patio, dando testimonio de lo ocurrido.

Particularmente, me dio un ataque de risa. No sé si era la alegría de celebrar que hubiera sido solo un simulacro. Era como un



borra y va de nuevo. La adrenalina que sentí durante el episodio me hizo entender que la vida son momentos, que hasta en los más desastrosos se evidencia la fragilidad de ser personas con miedos y emociones, que, de haber sido cierto aquello, a los supuestos antisociales no les habría importado qué somos, quiénes somos, si tenemos dinero, si somos pobres, buenos, malos, estudiosos o no, de todas maneras nos hubieran matado sin contemplación alguna. Todos comentaban el hecho. Pienso que son anécdotas imposibles de olvidar, aun con el paso del tiempo.

Han transcurrido casi cuatro años desde el incidente y ni los alumnos ni los docentes nos olvidamos de lo ocurrido. Incluso hoy viene a mi mente ese día: si estoy en clases con algún paralelo y se acerca alguien con ropa negra, recuerdo lo ocurrido tiempo atrás y tengo ganas de salir corriendo sin norte alguno. Pienso que eso marcó mi vida, dando lugar a un antes y un después.

La vida no se debe tomar tan en serio, debemos vivir, hacer y actuar, y hacerlo ya mismo. No vayamos a pasar por este mundo de oportunidades para todos sin darle nuestro toque único. Hoy siento que escogí la mejor carrera del mundo: la docencia, porque pienso que tengo la oportunidad de tocar muchas vidas y decir a mis queridos estudiantes que se dediquen a vivir con todos los riesgos y equivocaciones que ello implica; que el éxito es cada día; que despierten y comiencen de nuevo, porque mientras el aire atraviese nuestros pulmones, mientras nuestros ojos vean el color maravilloso del arcoíris, el conocimiento se multiplicará; que los aprendizajes son mejores si la práctica está primero; que, aunque a veces la neblina maquille las cosas, siempre habrá un sol que descubra acciones buenas y malas.




NARCISA MAGDALENA BRIONES
trabaja en la Escuela de Educación Básica Manuel Antonio Chaguay.

La quinceañera especial

Hace seis años me encontraba en la Dirección del plantel, donde ejercía el cargo de secretaria y docente a la vez, cuando, una mañana, llegó la señora Marina Mota y de la mano de ella llegó una pequeña niña con unos ojos grandes que denotaban algo de temor. Sus piernas tardaban en dar pasos hasta que su

mamá la logró sentar. Mientras escuchaba a la señora cómo buscaba una escuela que le permitiera a su hija estudiar y cómo había sido el año escolar anterior, Mirka estiraba sus largos brazos, queriendo coger el bolígrafo con el que yo matriculaba a todos los estudiantes.

Mirka había nacido con malformaciones en las piernas y brazos y tenía un problema en la rodilla que la hacía crecer y crecer en estatura. Los médicos le habían dicho a los padres que solo viviría hasta los quince años.

Y así fue que empezó el año escolar, en tercero de básica y con diez años ya cumplidos. Se hizo un informe en una reunión entre los docentes y la autoridad del plantel para que se utilizara una planificación acorde a las capacidades de Mirka.

El primer día de clase, en la formación de estudiantes, como es tradición en nuestro plantel, aplaudimos a los que ingresan por primera vez a nuestro sistema educativo. La pequeña Mirka estaba temerosa y sus largos brazos se extendieron como pidiéndome que la llevara hasta la parte de adelante de la formación, y así fue. En medio de aplausos, ella sonreía sin parar y, en el momento menos esperado, me abrazó tan fuerte que sentí que Dios había puesto en mi camino a un ser tan especial para que lo cuidara y lo protegiera.

Así pasaron muchos años y, para sorpresa de todos y todas, no necesitamos una planificación o pedagogía especial. Ella captaba todo de igual forma que sus compañeros y compañeras, era una estudiante más, sin ninguna excepción aparte de sus limitaciones para movilizarse y, en ocasiones, con el lenguaje.

Pero a medida que pasaban los años, sus padres se preocupaban, porque pronto llegaría la edad crucial de la que habían hablado los médicos. Mirka llegó a séptimo año básico, donde imparto clases, sabía que Dios me había puesto una prueba más y esa era



enseñarles a sus padres a desarrollar una fe verdadera, a creer así veamos todo adverso.

Ella cumple años el 16 de junio, así que desde el primer día de clases empezamos a tener como hábito hacer una oración por todos los niños del mundo. Los días lunes hacíamos una oración en la formación y de martes a viernes la hacíamos en séptimo año básico, antes de empezar la primera hora. Yo siempre trataba de hacer mis clases de valores muy dinámicas, pues Mirka es una niña a la que le encanta participar. Sin embargo, los días pasaban y sus padres, angustiados, no sabían cómo detener el tiempo para que nada malo le sucediera a su pequeña.

El 1 de junio de 2015, los padres aparecieron en la misma Dirección donde la matricularon la primera vez, preocupados, a decirme que la retirarían de la escuela para esperar el día de sus quince años en la casa, pues así ellos estarían más tranquilos. Yo

solo les sonreí y le dije que no podían perder la fe y no podían prohibirle que fuera feliz junto a sus compañeros.

Un lunes de junio, en la primera hora, leímos un artículo de Paulo Coelho donde hablaba sobre la inmortalidad de un guerrero de luz. Mirka alzaba la mano solicitando leer el primer párrafo y así fue. Ella empezó la lectura: "La inmortalidad existe en un guerrero de luz cuando esa luz es capaz de alumbrar a alguien más". Fue una línea que marcó una renovación en mi propia fe. Al terminar el párrafo, ella me preguntó:

—Señorita Narcisa, ¿yo puedo ser una guerrera de luz?

—Sí, mijita, usted puede serlo.

—Yo quiero alumbrar a mis padres para darles la idea de hacerme mis quince años —me dijo, mirándome con esos ojos grandes y negros.

No puedo negar que mis lágrimas caen al escribir esta historia, pero son lágrimas de sentimientos encontrados por todo lo que Mirka me ha enseñado desde el primer día que la vi.

El 16 de junio justo caería lunes, cuando todos los estudiantes llevan su uniforme de mangas largas. En días anteriores yo había hablado con los padres de Mirka para hacerle una pequeña reunión con sus compañeros en el paralelo. Ellos solo debían llevar un pastel rosado y unos bocaditos.

Llegó el maravilloso lunes 16 de junio. Ella se bajó del expreso emocionada, las docentes que ya sabían de la gran sorpresa le cantaban desde que venía bajando, todo era felicidad para la quinceañera especial. Como es tradición cantarles en la formación a todos nuestros niños en su cumpleaños, esa no fue la excepción. Las maestras Nancy y Amanda eran las encargadas ese día. Contenta, la quinceañera Mirka habló en el micrófono y dijo:

—Muchas gracias, maestras, las llevo en mi corazón siempre. Las amo mucho. —No sabía cómo entender esas palabras, si como

una despedida o no… Quise quebrarme en llanto pero pensé que mi fe no podía declinar. Las demás maestras tenían lágrimas en los ojos, al igual que sus propios compañeros, y Mirka solo agregó—: Mi papá no tiene dinero para hacerme mis quince.

Después, todos nos fuimos a nuestros paralelos, mientras en el patio se armaba la gran fiesta. Era la primera quinceañera que nuestro plantel tenía, la quinceañera especial más hermosa que la institución iba a presentar a la sociedad. A la sorpresa se unieron unas tías de ella. El paralelo de la niña seguía su jornada normal de clases. En el receso, sus compañeras y compañeros, quienes fueron sus damas y caballeros, ensayaron sin música, solo con pasos, para que ella no sospechara.

A las 11h30 todo estaba casi listo. La maestra Nancy la peinó y le puso una pequeña tiara en la cabeza, diciéndole que era para unas fotos. Así nos empezábamos a preparar para la gran sorpresa.

A las 12 del mediodía del 16 de junio de 2015 la quinceañera especial empezó a bajar las escaleras, con sus ojos negros llorosos, de la mano de un compañero de clase. Delante de ellos venían las damas y sus caballeros, quienes habían preparado una coreografía y lanzaban papelillos crepé que simulaban flores. Sus padres la esperaban en la mesa arreglada. Mirka no podía creer lo que sus ojos estaban mirando. Mientras yo leía un pequeño programa de quince años, me decía a mí misma: “Sé que si te toca partir es por designio de Dios, pero también sé que has sido inmensamente feliz en tus quince años”. Su papá bailó el vals de Chayanne con su quinceañera especial que, aunque con problemas para caminar, trataba de bailarlo muy bien. Sus damas y caballeros hicieron una coreografía con la canción de Chino y Nacho *Niña bonita*. Sus padres, en vez de cambiarle los zapatos, le obsequiaron un anillo de plata que decía “Nuestra quinceañera”, con una perla rosadita como perla preciosa.



Mirka bailó, comió y disfrutó con todos quienes la amamos. Los padres de familia ya sabían que séptimo año básico ese día estaba celebrando una fecha especial, así que los dejaron hasta las dos de la tarde. Las fotos no dejaban de tomarse, aunque todos estábamos con el uniforme de los lunes, ese día para nosotros era nuestro mejor traje para celebrar. Así terminaron los quince años de Mirka. Sus padres, al despedirse, me dijeron:

—Cualquier cosa le avisamos, maestra.

A lo que solo respondí:

—Mañana le toca a Mirka traer dos cartulinas.

De eso han pasado dos años ya. Ese mismo año Mirka fue madrina de deportes de séptimo año básico, ganó medalla de oro en “chiquivóley” con sus compañeras y ganó un concurso de dibujo.

Actualmente, Mirka cursa noveno año de educación básica y nos ha enseñado que todos podemos ser guerreros de luz y alumbrar a los demás, y que las limitaciones solo existen en nuestra mente. Lleva dos operaciones en los dedos de los pies, pero aun así sigue jugando “chiquivóley” medio tiempo. Talvez no resuelve con agilidad un problema de expresiones algebraicas, pero con qué rapidez resuelve algún problema de la vida de quien abraza.

La quinceañera especial asombró a los médicos que aún la tratan en el hospital, ayudó a sus padres a tener más fe en Dios y a mí, como docente, me enseñó, y me sigue enseñando, que Dios nos usa como instrumentos para alumbrar la vida de alguien más. Por eso, no importa en el lugar donde te encuentres, ahí brilla. ¡Esa es tu misión especial!




MIRIAM ALEXANDRA CEVALLOS
nació en Biblián, Cañar, en 1971. Trabaja en la Unidad Educativa Manuel Matheus. Su actividad favorita es ayudar al prójimo.

Docente rural, orgullosamente

Recuerdo cuando estaba en la primaria, en segundo grado (hoy tercer año de básica). Tuve una profesora, Yolanda Ayala, que tenía un corazón noble. Cuando veía que yo no tenía lápiz o cuadernos (ya que éramos una familia de escasos recursos) la señorita Yolanda me solía llevar a su casa, que quedaba por donde yo vivía, y me regalaba lápices, cuadernos, pintura e incluso me daba de comer. Fue una profe que nunca olvidaré.

Después tuve que trasladarme a vivir en Biblián, un cantón de la provincia del Cañar donde terminé la primaria. Mis recuerdos son los de una niña tímida y llena de miedos.

El sueño de mi madre era que estudiara en Quito, así que, sin el apoyo de mi padre, nos trasladamos nuevamente a la capital y fui a estudiar la secundaria en el Instituto Normal Superior Jaime Roldós Aguilera. Ahí saqué mi bachillerato en Ciencias de la Educación y luego continúe en el Normal Superior para ser profesora de escuela. Tenía el sueño de ir a la universidad para obtener un título superior en Psicología Infantil, pero por situaciones económicas no lo pude hacer.

En el instituto superior tuve experiencias inolvidables. Durante mis prácticas en la Escuela Reina Silvia de Suecia miraba cómo los y las profes daban sus clases magistrales, pero muy pocos se preocupaban de la realidad de cada niño. Luego fui a hacer prácticas en el sector rural Pintag, en el barrio San Juan, y ahí comprendí que mi vida profesional sería en el sector rural.

Al defender el libro de experiencias vivenciales recuerdo claramente que un docente me pregunto dónde pensaba trabajar cuando me graduara, a lo que yo contesté, con toda seguridad: "¡En el sector rural!". Y así fue.

Me inicié en la provincia de Morona Santiago, en el cantón Gualaquiza. Debía ir a la parroquia La Pradera, un lugar muy lejano donde no había ningún servicio básico, pero por circunstancias personales de la docente a la que iba a reemplazar, me trasladaron a la parroquia Nueva Tarqui, una escuela completa y con profesores increíbles, buenos compañeros que me apoyaron incondicionalmente. Lo relevante de esta escuelita fue que se trabajaba con niños y niñas shuar y "colonos", como solían decir en el pueblo.

Llevo en mi mente, con mucha claridad, a esos niños y niñas, que caminaban dos horas desde sus fincas para llegar a la escuela. Solían traer madera; llegaban, dejaban a los animales amarrados y corrían al río Cuyes; se bañaban y prendían la tulpa[1] para hacer su desayuno. Una olla, cuatro fideos, sal y un pedazo de plátano verde, eso era toda su comida. En sus piernas se podía observar claramente la señal de las botas. Y en la tarde volvían a sus fincas.

Los fines de semana me encontraba con los docentes del cantón, ya que el domingo o el lunes todos los profes solían coger las rancheras[2] para dirigirse a sus respectivas escuelas. El viernes en la tarde era normal ver a los profes llegando al terminal de Gualaquiza, llevando en sus manos los cariños que les regalaban los padres de familia.

Algo que siempre me llamó la atención fueron las experiencias de las compañeras al viajar a sus respectivas escuelas. Rosita Chacón, una gran persona y amiga inolvidable hasta el día de hoy, contaba cómo fue trabajar en el caserío de Los Ovejeros. Decía que la escuela estaba en un cerro y la primera casa estaba a media hora. Para llevar agua a la escuela debía caminar quince minutos y en muchas ocasiones se encontraba con los animales del monte: culebras, puercoespines y más. En la noche solía escuchar el ruido de la gran bestia.

De igual forma, a Aida Zúñiga, una valiente mujer, al ingresar al Magisterio le tocó trabajar en una escuela muy lejana. Para llegar debía cruzar dos veces el río, y en alguna ocasión la corriente la arrastró; así, golpeada y todo, llegó al otro lado. El consejo de uno de los padres de familia fue que nunca se soltara del animal que la llevaba. En muchas ocasiones arriesgó su vida en ese camino de solo selva.

---

1 Fuego hecho con leña.

2 Bus que no tiene ventanas, con bancas continuas accesibles directamente desde fuera. En otras regiones del Ecuador se las llama chicheras, chivas o papayeros.



También recuerdo la historia de Marianita, una docente a la que veíamos dos veces al trimestre: al inicio y al final, porque su escuela se encontraba en el sector de Amazonas y debía caminar aproximadamente ocho horas por la selva para llegar a su comunidad.

Y así, muchos compañeros valientes caminaban por horas y corrían muchos riesgos con tal de llegar a sus escuelas.

Presenciamos la Guerra del Cenepa y vimos cómo nuestros soldados llegaban mal heridos, muchos de ellos sin sus miembros o perdidos. Ahí estábamos los docentes de Gualaquiza para dar nuestra ayuda en esos momentos difíciles.

En el año 1997, por razones personales y con el corazón dolido, tuve que dejar mi querido Gualaquiza y mi adorada Escuela Celso Humberto Guerra, así como a mis compañeros del Magisterio, con quienes compartí momentos inolvidables y quienes hicieron de mí una maestra rural.



Llegué a Quito, al cantón Nanegal, recinto Santa Marianita, a la Escuela Manuel Matheus, un lugar bello con un clima increíble. La escuela era muy humilde, trabajábamos dos docentes y los estudiantes eran un cúmulo de cariño e inocencia.

Aprendí a vivir en ese lugar. Tomábamos el bus de Quito los domingos a las 14h30 y retornábamos a nuestros hogares los viernes a las 12h00. Las compañeras y compañeros que trabajaban en los recintos que quedaban más adentro solían sufrir porque no había transporte y, cuando era invierno, los derrumbes estaban a la orden del día. Pero los profes rurales caminaban con botas hasta llegar a sus destinos: verdaderos héroes y heroínas. Si nos atrasábamos era una historia, ya que no había transporte para ingresar a Nanegal y mucho menos a Santa Marianita.

Al trabajar en estas dos escuelas aprendí lo importante que es ser docente rural, porque uno aprende a enriquecerse con el

amor sincero de un niño. Podemos palpar la realidad de cada uno de ellos, saber cuándo no se han alimentado, cuándo están tristes y por qué momento están pasando. Sus necesidades se ven de manera directa. Qué bien se siente al verlos sonreír, cuando alguien les regala cariño. El niño rural es aquel que deja una huella en el corazón de un profesor, y al recordarlo sonríes o lloras.

He vivido tantas cosas en estos veinticuatro años de docente rural… alegrías y tristezas. He visto triunfar a mis alumnos, que me han dicho: "¡Profe, nos graduamos!". Siempre les digo que el mejor regalo que me pueden dar es verlos como grandes profesionales, y mis alumnos me han dado eso gusto. También he derramado lágrimas, al ver fallecer a uno de mis buenos alumnos en un accidente de tránsito. Y hasta compartí un accidente con los niños, en una ocasión en que cinco personas terminamos en el hospital, de quince días a un mes.

Pero he sido feliz al compartir tantos momentos con los padres, las madres, los niños, las niñas, y ahora con mis exalumnos, aquellos que, con cariño y respeto, me saludan al caminar por las calles de mi bello pueblo, Santa Marianita, y por toda la parroquia.

Mi trabajo en el sector rural aún continúa, ya que las necesidades e injusticias que se cometen con los docentes, los estudiantes y los padres del sector rural no se pueden explicar con palabras. Espero que algún día los gobernantes entiendan que en el sector rural no tenemos las mismas condiciones, como la tecnología y el acceso vial, pero tenemos la fortaleza de los hombres y mujeres que luchan constante e incondicionalmente.

Un maestro rural es una persona que sacrifica a su familia, invierte parte de su sueldo en materiales para la enseñanza, llora y consuela a sus alumnos. Por esta razón siempre seré, orgullosamente, una docente rural.




MAIDA CRUZ IMBAQUINGO
nació en San Isidro, Carchi, en 1959. Trabaja en Unidad Educativa San Isidro. Sus actividades favoritas son leer y tejer.

Así nació mi vocación

En este gran espacio de infinitas añoranzas mi alma canta versos cargados de pasión que salen del alma, llena de esperanzas, recuerdos, satisfacciones y anhelos en mi noble, abnegada y a la vez dura profesión. Pero antes, quiero invitarles a que juntos reflexionemos sobre si se debe o no tener vocación, porque si tenemos vocación nunca desmayaremos, seremos cada vez

mejores, recordaremos día a día que hemos depositado en los espíritus de nuestros niños y jóvenes el polen fructificador, el mismo que quedará perennizado en cada uno de los estudiantes que formamos.

Con mis treinta y más años de servicio recuerdo con tanta nostalgia, como si fuera ayer, cuando me iniciaba en mi profesión, lo hice en la parroquia La Concepción, en la comunidad de El Hato de Chamanal. En ese tiempo no había transporte hasta el lugar donde se suponía que llegaba a trabajar. El carro nos dejó en un punto llamado Santa Lucía para luego caminar hasta el lugar donde estaba ubicada la escuelita, junto a mi querida madre. Fuimos recibidas muy cariñosamente por varios habitantes. Mi primera impresión fue ver cómo la comunidad estaba ubicaba en las faldas de dos grandes montañas, sus casitas se encontraban dispersas la una de la otra. Fui la única maestra, tenía a mi cargo treinta estudiantes. Funcionaban los seis grados, mis niños y niñas todos eran afrodescendientes, no había ni un mestizo, excepto la maestra.

Mi intención era vivir en la escuelita pero la gente me recomendó que no lo hiciera ya que era ruidosa. Decidí entonces arrendar un cuartito ubicado frente a la escuela. La casa era nueva, sus dueños trataron de acomodarme de la mejor manera, no había agua potable, peor luz. Luego de estar ya instalada, la primera noche llovió torrencialmente. Tenía mucho miedo y sentía cómo se filtraba el agua por todo lado, mi cama estaba enlagunada y yo amanecí sentada. Tratando de ser positiva empecé con mi labor, y ¡oh sorpresa!, no podía cruzar a la escuela porque la quebrada se había crecido. Me saqué los zapatos para poder pasar y pasé.

Luego de terminar mi primera jornada, como es lógico, convoqué a una reunión a toda la comunidad y así empezó también mi labor comunitaria. Con mingas construimos un puente para



poder tener libre acceso y pasar con tranquilidad al otro lado de la quebrada; desde luego, gracias al apoyo desinteresado de todos quienes habitábamos en dicho lugar.

Transcurrían los días y había que habituarse y hacerse a las costumbres para poder pasar bien. La maestra a la que reemplacé no había aguantado ni un mes y había renunciado. Tanto tiempo me llevaba mi trabajo que ni siquiera me daba cuenta, imagínense con seis grados a mi cargo. Era duro pero nada imposible, lo hacía con mucho cariño y abnegada dedicación. En el tiempo restante del día les enseñaba a las niñitas a bordar y tejer, así de paso demostraba mis habilidades que de por vida y por herencia he tenido.

Para salir a mi casa lo hacía cada quince días teniendo que enfrentarme a maravillosas odiseas. Por ejemplo, esperar con ansias la llegada del destartalado tren que me conduciría hasta

la provincia de Imbabura, para luego conseguir otro medio de transporte y llegar a mi hogar.

Mientras esperaba me contagiaba de la algarabía de los negritos y todos nos emocionábamos. Había fiesta con la llegada de este inolvidable medio de transporte pero no pasó mucho tiempo cuando todo se acabó. Dejó de pasar el tren y la Estación Carchi se volvió un pueblo fantasma donde solo se escuchaba el ruido de las torrentosas aguas del río Mira. Con el pasar del tiempo todos quienes trabajábamos por esta zona viajábamos en un camioncito que entraba ocasionalmente, desde luego encima de los productos que los habitantes sacaban a los mercados de la ciudad.

SEGUNDO GUILLERMO PAGALO nació en Guabug, Chimborazo, en 1971. Trabaja en la Unidad Educativa Cocán. Su actividad favorita es enseñar a niños.

Amor al trabajo

Hace unos quince años, casado y ya trabajando, vivía en la casa de los padres de mi esposa, en la comunidad Palacio Real, de la parroquia Calpi. Vivíamos allí porque mi suegra nos daba cuidando a nuestra primera hija.

Resulta que para acudir al trabajo en la escuela Alfredo Chiriboga, en la comunidad Cocán, se madrugaba. Teníamos que levantarnos a las 4h30, caminábamos cuarenta minutos a la parroquia Calpi y viajábamos en la cooperativa de transporte Ñuca Llacta, en el turno

de profesores de la parroquia Tixán. Y hablo de "nosotros" porque mi esposa también trabajaba en esos tiempos en la parroquia Palmira.

En ese entonces nos encontrábamos en paro de la UNE[1], en busca de un mejor sueldo. Fue así que, para nuestra mala suerte, una noche no había energía eléctrica y no pudimos escuchar en las noticias si el paro continuaba o no. Entonces, con mi esposa tomanos la decisión de madrugar, pensando que si había el turno de profesores nos íbamos y si no, regresábamos de Calpi. Esa mañana mi esposa, sin saber bien la hora —porque no había luz—, se levantó a preparar el café. Acto seguido me levantó y me dijo que ya era hora de salir. Esa madrugada salimos de la casa y caminamos treinta minutos en la oscuridad. Caminamos y caminamos hasta que vimos un bulto blanco en el camino, que de pronto se movió y caminó. Mi esposa dijo:

— Son gatos.

Le dije:

— Saca tu bayeta para cogerlos.

Pero cuando estaba a punto de coger a los animales empezamos a sentir un olor desagradable.

— ¡Oh, no son gatos! ¡Son bebés zorrillos con su madre! — exclamé.

Estos animales orinan para defenderse, pero cuando nos dimos cuenta de lo que eran ya era muy tarde, porque su orina nos había tocado. Así, dejamos a esos zorrillos para continuar nuestro camino, pero olíamos muy mal. Llegamos a Calpi y esperamos y esperamos al carro hasta las seis de la mañana; en eso decidimos regresar, porque el paro no había terminado. Finalmente llegamos a la casa de los padres de mi esposa, quienes se rieron de nuestra desgracia.

---

1 Unión Nacional de Educadores.

Me pregunto qué hubiera pasado si la UNE terminaba el paro, al mismo tiempo que me pongo a pensar en cuánto daño se ha hecho a los niños con estas paralizaciones.






ROSA EUGENIA FAJARDO
nació en Crnel. Marcelino Maridueña, Guayas, en 1957. Trabaja en la Unidad Educativa Presidente Diego Noboa. Su actividad favorita es impartir clases.

El Tren crucero de la excelencia

Durante la trayectoria de mi vida en la docencia, por los méritos académicos alcanzados en la Unidad Educativa Francisco Falquez Ampuero, donde trabajé por más de diecisiete años, fui merecedora de ser partícipe de una experiencia inolvidable: el "Tren crucero de la excelencia".

Esta aventura comenzó el 19 de octubre de 2014, con el arribo al Aeropuerto José Joaquín de Olmedo, de Guayaquil, con destino a Quito. Un poco atemorizada, subí al avión de la aerolínea TAME, vuelo 312. Era mi primera vez y a lo mejor la última. En lo alto sentí una sensación de grandeza, abajo todo se veía tan pequeñito.

Ya en Quito, en el Aeropuerto Mariscal Sucre, fuimos recibidos por guías turísticos que nos dieron una calurosa bienvenida y nos hicieron recomendaciones para continuar con el maravilloso viaje que duraría cinco días. Nos hospedamos en un hotel cinco estrellas, con una atención de primera, y tuve la oportunidad de relacionarme con profesores y estudiantes de otros establecimientos educativos de las provincias de Guayas y Loja, con quienes realizamos actividades sociales y culturales.

Al día siguiente, muy por la mañana, dejamos el Hotel Internacional Quito y nos dirigimos, en bus, a la estación de Chimbacalle, donde abordamos el “Tren de la excelencia”. A mi mente vinieron recuerdos felices de mi niñez, cuando el tren era nuestro medio de transporte; claro que en esta ocasión era invitada de honor y estaba rodeada de atenciones y privilegios.

Durante la travesía Quito-Guayaquil conocí lugares turísticos de ensueño. Recorrimos los Andes, atravesamos la Avenida de los Volcanes, visitamos el volcán y el Parque Nacional Cotopaxi, hábitat del venado de cola blanca, y la posada de San Agustín de Callo, cuyas paredes fueron construidas con la técnica del sillar.

Como parte del trayecto Cotopaxi-Chimborazo pasamos por la laguna de Yambo, originada por la petrificación volcánica. Luego fuimos a la plantación Nevado Roses, donde se cultivan rosas de diferentes colores y texturas, que son empacadas para exportación. Ahí pudimos degustar un delicioso *mousse*, mermelada y turrones de rosas orgánicas.



Tuvimos la oportunidad de ir a la localidad de Urbina, donde conocimos al Sr. Baltazar Ushca, muy conocido en nuestro país e internacionalmente por ser el último hielero de los Andes, quien nos mostró su habilidad para envolver el hielo del Chimborazo. También hicimos una visita al Museo de las Conceptas.

En Santiago de Calpi se encuentra el Museo de las Llamas, animales autóctonos de ese lugar, muy dóciles y amigables; además, una nativa de la localidad nos explicó el significado de su vestimenta y sus costumbres. En la hacienda Palacio Real cuentan que allí se alojaba Simón Bolívar y que el "Libertador" decía que ahí dormía como en un palacio, por eso el lugar lleva ese nombre.

También pasamos por la laguna de Colta; descendimos la emblemática "Nariz del Diablo", donde el tren hace un zigzag; viajamos a orillas del río Chanchán y el bosque nublado, hasta llegar a la transición entre la Sierra y la Costa, en Bucay, donde

observamos la más variada flora y fauna que ofrece nuestro querido Ecuador.

Ya en la Costa visitamos la Hacienda San Rafael, donde nos explicaron sobre el cultivo del cacao, y pasamos por diferentes cantones, como Naranjito, Milagro y Yaguachi, hasta llegar a Durán. En el trayecto observamos cultivos de plátano, caña de azúcar y arroz.

Nuestro viaje terminó en Guayaquil. Nos despedimos de los compañeros y nos dirigimos a nuestros hogares, con el corazón lleno de satisfacciones, agradecidos por todas las atenciones recibidas y deseando que sigan incentivando a la juventud estudiosa y el esfuerzo de los docentes.




DARÍO HERNÁN INCA
nació en Sicalpa, Chimborazo, en 1971. Trabaja en la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Hermel Tayupanda. Su actividad favorita es formar a los niños.

¿La esperanza perdida?

Hace cuatro décadas, allá por los años ochenta, en la bella ciudad de Cajabamba vivía un humilde niño llamado Darío, a quien, luego de regresar de la escuela Mariano Borja, le gustaba salir a la calle a contemplar el paisaje. Era del barrio San Francisco, conocido también como "el balcón de Colta" por su ubicación,



desde donde se podía observar la hermosa vista de la cabecera cantonal. Todas las mañanas y tardes escuchaba el sonido del tren y su potente bocina, que brindaba un espectáculo maravilloso mientras atravesaba la loma de Cajabamba.

Mientras Darío crecía tenía la esperanza de algún día viajar en tren y cruzar esos hermosos paisajes de la serranía y la costa ecuatorianas, pero esa ilusión se iba desvaneciendo a medida que el tren pasaba con menos frecuencia. Hasta que en la década de los noventa, desapareció definitivamente y dejó de brindar ese maravilloso atractivo.

Luego, en la década del 2010, renació la esperanza de Darío, por cuanto el tren empezó a ser rehabilitado. La ilusión permanecía latente, sin embargo otra vez se convertía en algo inalcanzable porque la estación de Cajabamba había sido eliminada y, sumado a esto, el costo por recorrer un pequeño trayecto era muy alto.

En el año 2014, Darío ya era un hombre con la personalidad formada, que se dedicaba a la docencia, pero que ya no tenía la esperanza de viajar en ese apreciado transporte, por lo inaccesible que resultaba.

Un día, en medio de la desesperanza, recibió una gran noticia de parte de las autoridades del Ministerio de Educación, a través de José Chacaguasay, funcionario del Distrito de Educación Colta-Guamote. La sorpresa era que había sido favorecido con un boleto para participar en un viaje en el "Tren crucero", con todos los gastos pagados, como premio a sus méritos. El reconocimiento era concedido por el Ministerio a los docentes y estudiantes destacados. Como era de esperarse, Darío aceptó sin pensarlo dos veces.

Es así que, un domingo 9 de marzo de 2015, Darío se embarcó en la estación de Riobamba, rumbo a Quito, para vivir una aventura inolvidable a bordo del "Tren de la excelencia". Durante una semana, recorrió pueblos y parajes nunca imaginados y se hospedó en los hoteles más famosos del país.

Darío no sabe si alguna vez vuelva a subirse en un tren, pero la esperanza que parecía perdida al fin se hizo realidad.




ANGÉLICA MARIA VACA
nació en Ambato, Tungurahua, en 1979. Trabaja en la Unidad Educativa Ambato. Sus actividades favoritas son contar cuentos y enseñar inglés.

Agapito Mutza

Esta historia ocurrió después de la Colonia, cuando el pueblo no conocía el desarrollo intelectual; vivía solo por sobrevivir, cultivando lo que el suelo virgen producía. Las moradas eran humildes chozas de paja que en el invierno brindaban calor a sus habitantes. El trinar de las aves y el canto del gallo nos indicaban que empezaba un nuevo día de trabajo en la comunidad de Illahua Grande, que está ubicada a ocho kilómetros de la parroquia de Quisapincha y que en ese tiempo contaba con cien habitantes. La mayor parte de su

gente se dedicaba al pastoreo y otros se trasladaban a la ciudad de Ambato a trabajar cargando en las plazas.

Cuando había celebraciones importantes abundaban los borrachos en la comunidad, se observaba cómo el jefe del hogar maltrataba a sus hijos y esposa. Era un cuadro muy triste ver que ese maldito vicio del alcohol avanzaba como si fuera una epidemia que se apoderaba de ellos.

En una humilde morada nació Agapito Mutza, quien con el pasar del tiempo sería el primer gestor para que la educación llegara a ese lugar tan alejado y olvidado por los gobernantes. Su vida transcurrió en una inconsolable miseria y humildad. Desde pequeño sus padres notaron que era diferente a los demás niños, pues tenía un anhelo muy grande de cambiar el maltrato por el amor y las cantinas por escuelas.

En 1972, Agapito, entrando a la edad de Cristo y con una familia en hombros, buscaba la mejor manera de sostenerlos. Antes del amanecer se dirigía al mercado con su soguita, a cargar los cajones de frutas o lo que hubiera para llevar el pan a su casa con el sudor de su frente.

La gente de la comunidad lo apreciaba mucho, así que un día lo eligieron cabildo en una asamblea general. Él, de la felicidad, ofreció a su gente construir una escuelita donde los pequeños saldrían de la ignorancia y cambiarían la mentalidad de sus padres, y así lograrían el desarrollo de todos.

Como cada día, Agapito salió a trabajar con su habitual soga. Cuando no tuvo mucho trabajo se dio una escapadita y fue a la dirección provincial a solicitar un maestro para que sus niños conocieran la educación y fueran mejores comuneros en el futuro. Con éxito, consiguió lo solicitado: le enviaron un maestro de escuela.



El profesor se llamaba Patricio, era un hombre alto y de contextura gruesa, entraba a la edad de los cuarenta. Él siempre pasaba por la entrada de la puerta de la Dirección de Educación buscando trabajo, hasta que ese día estuvo de suerte, ya que el señor director le ofreció la plaza en la comunidad de Illahua Grande. Le explicó cómo debía llegar y con quién debía entrevistarse, pero el maestro no tenía muchas ganas de ir a ese lugar porque era demasiado alejado de la ciudad y no fue.

Agapito, enojado de tanto esperar, regresó a la Dirección de Educación a reclamar la ausencia del maestro; le pidieron disculpas mintiendo que el profesor se había enfermado y le dijeron que, sin falta, iría el siguiente día.

Al otro día, el maestro y Agapito se encontraron en la iglesia de Quisapincha y se dirigieron a la comunidad. En ese tiempo solo se andaba a pie, a caballo o en burro. El maestro nunca se

imaginó que su lugar de trabajo iba a ser tan, pero tan lejos; en medio camino parecía que ya se desanimaba, pero Agapito le daba ánimos y le engañaba diciendo que a la siguiente vuelta ya llegaban y que allí le esperaba una gran bienvenida. Atravesaron la Ruta de la Virgen y por fin llegaron.

Agapito mandó a tocar el churo, que generosamente le había donado el padre Benito por realizar unos trabajitos en la iglesia. Al escuchar el llamado, varios niños salieron de sus humildes casas con sus rostros llenos de alegría. Al maestro, al ver tan hermoso cuadro, dejó de importarle el torrencial frío que hacía y empezó a trabajar. Así pasaron los días, recibían las clases en una casita de paja. Cuando el temporal era malo, el maestro no asistía, ya que el camino era muy lodoso y peligroso.

En la época navideña, Agapito trajo a unas monjitas que agasajaron a los niños gracias a las donaciones de personas de buen corazón, pero algunos niños no pudieron estar, porque se habían trasladado a la ciudad a trabajar. Como sobró una pequeña cantidad de caramelos, los guardaron en el soberado para entregarlos el primer día de clases; pero como los niños son tan traviesos y curiosos no esperaron tanto. En la madrugada, decidieron ir llevando un manojo de paja encendida para iluminar, al subir al soberado acercaron mucho la luz a la paja y esta empezó a encenderse, quisieron apagar el fuego pero no pudieron, así que salieron corriendo.

Al día siguiente, sorpresa que se llevaron, la choza estaba completamente en cenizas. Algunos niños se pusieron tristes, porque ya no tenían dónde recibir las clases. Entonces Agapito decidió compartir su pequeña vivienda, consiguió una pizarra, sillas, mesas, cuadernos y lápices para que pudieran trabajar con tranquilidad, y cuando escucharon la noticia, los niños saltaron de felicidad.

Pero no todos los comuneros pensaban igual que él. En una ocasión, los comuneros de Calhuasig Chico, Calhuasig Grande, Illahua Chico, Illahua Chaupiloma, Illahua Grande y Tondolique se reunieron en la comunidad de Illahua Chico para decidir cuál sería el destino del traidor de la comunidad, pues así lo consideraban. Pensaban que Agapito hacía eso con el fin de quitarles las tierras y sus cosechas y entregárselas a la Iglesia, ya que la mayoría eran evangélicos.

Al caer la tarde decidieron llevarlo y enterrarlo vivo, junto con sus ideales de grandeza. Cavaron un hueco muy grande para cumplir con sus amenazas, al amanecer se dirigieron a la morada de Agapito y lo sacaron a la fuerza, sin respetar que era la autoridad de la comunidad.

Empezaron arrojando al fuego las mesas, las sillas, los libros, la pizarra y algo de la ropa de Agapito, para que se olvidara de ese absurdo sueño de la educación. La gente que estaba a favor del cabildo no permitió que lo lanzaran al enorme hueco y pidió que le dieran un consejo y lo dejaran en libertad. Así lo hicieron.

Al verse libre, Agapito fue rápidamente a la ciudad, donde el gobernador, y le contó todo lo sucedido. El gobernante envió a la milicia a capturar a quienes pretendían cometer tal bajeza, pero al enterarse los cabecillas de que los iban a capturar y castigar, huyeron al páramo con rumbo desconocido.

Agapito siguió luchando y consiguió la construcción de la primera escuelita en Illahua Grande, que se llamó Manuelita Sáenz. Gracias al apoyo del Municipio realizó mingas con los niños y los padres de familia, y así cumplió su sueño de tener un lugar donde sus futuros comuneros cambiarían de mentalidad y saldrían de su ignorancia.

Han pasado cuarenta y tres años desde que se creó la primera escuela en Illahua Grande. Con el pasar del tiempo se fueron



construyendo una tras otra, en cada comunidad de ese sector. Actualmente está el monstruoso del Milenio, que ha acaparado a todas esas escuelitas hasta llegar a ser el guardián de la lengua.

Agapito murió a mediados del año 2017 en una humilde choza, solo y triste, acompañado de sus hermosos recuerdos de juventud.

MARÍA GUADALUPE SANTILLÁN
vive en Cotacachi, Imbabura. Su hijo Sandro Bladimir Herrera estudia en la Escuela Río Cenepa

Creación de la escuela Río Cenepa

Hace muchos años se creó la escuela Río Cenepa, en la hacienda de Santa Rosa, por iniciativa del dueño de esa propiedad. Él no quería que solo los niños de la ciudad se educaran, así que fundó una escuelita en su finca, para que los hijos de los partidarios aprendieran a leer y escribir, por lo menos sus nombres.



Así, contrató a un profesor con sus propios recursos económicos. Al principio los niños recibían clases en una choza de paja, pero al pasar los años los moradores del sector le dijeron a este señor que ellos querían que sus hijos también estudiaran. Entonces él donó un piso para la comunidad. En esos años no había carretera, las personas entraban a pie o a lomo de mula. Así fue como llegó el profesor por los años sesenta y así fue como inició esta escuelita.

Cuando llegó la carretera, construyeron el aula que hoy es la bodega. Antes no se llamaba Santa Rosa, era un pequeño caserío al que llamaban "caserío Santa Rosa". Las primeras aulas eran chozas de paja con paredes de bareque.

Cuando las autoridades de educación llegaron a esta zona, la gente de la comunidad les pidió un aula más grande. Así se construyó la primera edificación de ladrillos, que es la que está junto

a la vivienda del maestro; más o menos por el año sesenta y nueve, cuando la escuela pasó a ser parte del Ministerio de Educación.

Todo lo que existe en la actualidad es gracias a la unión de todos los moradores, que lo realizaron por medio de mingas de padres de familia. El impulsor de este sacrificio fue el señor Alfonso Mariano. Gracias a él existe esta escuela, que hoy en día está en riesgo de ser cerrada por las autoridades que desconocen su historia.

SÓSTENE SILBANO SEGURA
nació en Limones, Esmeraldas, en 1972. Trabaja en la Unidad Educativa Tonsupa. Su actividad favorita es la docencia.

Una escuela para la comunidad

Esta historia comienza cuando el profesor Sóstene Segura llegó al recinto Agua Fría, de la parroquia La Unión de Atacames. Un sitio muy hermoso, con una naturaleza exuberante y gente muy amable pero con poca creatividad para mejorar su condiciones de vida, pues a pesar de estar en un sector rico en recursos naturales son muy pobres.

En un diálogo muy ameno con don Euclides Vera, un morador de la comunidad —por cierto muy conversón—, me explicó algunos datos de la escuela. Esta estuvo cerrada por más de diez años y con el tiempo la escuelita se destruyó. Muchos niños y jóvenes no pudieron estudiar y hoy son analfabetos.

— ¡Qué tristeza! —le dije.

— ¡Debemos hacer una nueva escuela para la comunidad! ¡Si no, dónde va a trabajar usted! —me comentó en un tono muy animado.

— Claro que sí —le respondí—, pero, ¿cómo haremos?

—De eso no se preocupe, profe —me dijo—. Mañana convocaremos a una reunión de padres de familia y moradores del sector.

— ¿Y usted cree que acudirán al llamado?

— ¡Sí, claro que sí! Así me toque ir de casa en casa… pero todos llegan.

— Entonces, hagamos una convocatoria. Yo lo acompaño si es necesario. Además quiero conocer la comunidad.

Se cumplió con lo acordado y realizamos la asamblea de padres de familia y moradores. En verdad fue bastante agradable ver cómo estaba de contenta la gente, ya que tenían a su profesor, al cual habían esperado por mucho tempo.

Pasé esa noche en casa de don Marcelo Arce, un padre de familia que me brindó muy amablemente hospedaje y alimentación. Mientras estaba acostado en la cama sentí una profunda tristeza, a la vez que alegría, al recordar las frases de los participantes de la reunión. Una de ellas, que aún recuerdo como si la hubiera escuchado hoy, es: “Así yo tenga que dar mi casa como escuela y me tenga que ir a vivir a la montaña, mis hijos tienen que estudiar”.



El compromiso de educar a la comunidad, los niños y los jóvenes ya pasados de la edad escolar era grande, así que empezamos a trabajar en una "ramada". Mientras nosotros estábamos en clases, los padres de familia construían la escuelita con madera que había sido donada por un hacendado del sector. Traían el material en mulas, burros y caballos, y las madres y esposas les preparaban el alimento y se lo llevaban. ¡Todos colaboraban!

Después de algunos días de trabajo se terminó de construir la escuelita Alfonso de Illescas; eso fue por el año 1997. Luego de eso, ya que eran tiempos de Navidad, durante la mañana se desarrollaron encuentros deportivos y en la noche hubo una gran velada artística. ¡Fue una gran fiesta!

Una anécdota que recuerdo mucho ocurrió el día que tuve que desarmar una banca de madera para poder cocinar en un fogón. Yo tenía un mes de haber llegado a la comunidad y vivía en una

casita que habían acondicionado para el maestro. Me disponía a hacer la merienda pero se había terminado el gas. Tenía mucha hambre, todo estaba oscuro, no había casas cerca, estaba lloviendo y yo pensaba: “Qué hago…”. Así que salí con una linterna y un machete, entré a la escuela y desarmé una banca de madera que estaba medio dañada. Eso me sirvió como leña para poner en el fogón. Nunca había cocinado en fogón pero me tocó. Aunque fue muy difícil encenderlo, pude hacer mi merienda, que por cierto quedó muy deliciosa, al menos para mí.

JACINTO DUARTE
vive en el recinto Guajala, Guayas. Está vinculado con la Escuela de Educación Básica Patria Nueva.

Historia de la escuela Patria Nueva

La escuela Nicolás Lapentti está ubicada en el recinto Guajala, perteneciente al histórico cantón San Jacinto de Yaguachi, a veinte kilómetros de la carretera principal Durán-Yaguachi, a orillas del río Babahoyo.

Los moradores del sector se dedicaban a la pesca y la agricultura, por ser de bajos recursos económicos y por encontrarse en una



zona de difícil acceso. Para poder salir del recinto al cantón se trasladaban en canoa a remo o motor fuera de borda. En el invierno no se podía salir porque se inundaba todo el sector, por lo que tenían que almacenar los alimentos, y como no contaban con servicio de energía eléctrica, se compraba marquetas de hielo con tamo, en el cantón Durán, para mantener la carne, el pollo y el pescado en buen estado. Tampoco se contaba con servicio de agua potable, por lo que se tenía que comprar pomas de cinco galones y se utilizaba el agua del río para lavar platos, ropa, etc.

Los moradores no podían enviar a sus hijos a estudiar a la cabecera cantonal, pues, además de la falta de recursos económicos, no había camino ni muros para trasladarse. Entonces, al ver la necesidad de crear una escuela, todos los habitantes del mismo recinto, de ambos lados del estero, se reunieron y decidieron construir una escuela de caña y techo de paja, y le

pusieron el nombre de Nuevos Horizontes. Vale mencionar que esto fue posible gracias a la cooperativa Unión y Lucha, que decidió el terreno para hacer realidad el sueño de la comunidad.

Sin embargo, por la existencia del estero que separaba el recinto, era difícil para los niños ir a la escuela Nuevos Horizontes, por la distancia y el peligro que se presentaban. En varias ocasiones, los niños que se trasladaban en canoa se caían al agua y se ensuciaban el uniforme, además de que estaban amenazados por animales peligrosos como culebras y lagartos.

Así, los moradores se vieron en la necesidad de construir otra escuela de caña y techo de paja, pero se enfrentaron con la dificultad de no tener caminos ni muros para que un maestro de la cabecera cantonal llegara a la institución. Entonces decidieron contratar a una maestra que fuera de la comunidad, ya que algunas personas habían enviado a sus hijos donde familiares para que vivieran con ellos y así pudieran terminar la primaria y graduarse de bachilleres en la carrera que escogieran.

Cuando los padres de familia se enteraron de que una de las hijas de Perla Duarte Gavilanes ya era bachillera, dialogaron con la señora para que le pidiera a su hija que colabore con la educación de sus hijos y le dijeron que ellos le contribuirían con una pequeña ayuda económica.

La escuela contaba con cuarenta niños en el horario de 7h00 a 12h30. En una reunión de padres de familia, solicitaron a la docente Gloria Mosquera que les enseñara a ellos también, para poder ayudar a sus hijos en su aprendizaje, y ella decidió colaborar, no sin antes decirles que esto sería en el horario de 13h00 a 17h00, los días miércoles y viernes.

La docente trabajó con la contribución de los padres por un período de dos años, gracias a la gestión del Comité Central de

Padres de Familia, presidido por el señor Magno Murillo, hasta que sus miembros decidieron ir a la Dirección Provincial de Educación para pedir que les enviaran a un o una docente.

En el año 2002 recibieron la visita de una supervisora, quien manifestó que ella no podía ayudarlos porque la escuela estaba ubicada en un lugar de difícil acceso. Pero los padres del comité no se dieron por vencidos, se dirigieron por segunda ocasión a la Dirección Provincial y se acercaron a dialogar con el Dr. Franklin Cervichay, quien era el supervisor de Educación Popular Permanente del cantón Yaguachi. El funcionario les indicó que debían dirigirse, mediante un oficio firmado por los moradores y los padres de familia, al señor Enrique Cepeda, quien era jefe de Educación Popular Permanente.

El trámite duró mucho tiempo. Varios meses después recibimos la visita del señor supervisor Franklin Cervichay; él le comunicó a la docente que le darían una bonificación de ochenta dólares mensuales para que trabajara con los adultos en el horario que ellos escogieran. Aprovechando la visita del supervisor, los padres de familia le solicitaron a la docente que por favor continuara educando a sus hijos y se comprometieron a darle los materiales que necesitara para la enseñanza.

Tiempo después, en época de campaña política, los señores Jorge Junco, Eliseo Millán, Javier León y Roberto León le hicieron una invitación a la Dra. Janeth Cadena de Parra, quien era candidata a consejera Provincial. Ella aceptó la invitación y se trasladó al recinto, donde los moradores de la comunidad le solicitaron que les ayudara dialogando con el prefecto Nicolás Lapentti y le solicitara la construcción de un camino vecinal, para lo cual tuvieron una acogida favorable.

En el período de administración 2005-2009, del Sr. Cristóbal Romero Cabrera como alcalde del cantón San Jacinto de Yaguachi,

una vez más, el Comité de Padres de Familia se acercó y solicitó la construcción de un aula, la misma que serviría para que se eduquen los niños de la comunidad.

Ahora, gracias a esta gestión y al alcalde, los moradores tienen agua potable, que llega por medio de tanquero cuando el camino está en buen estado, en época de verano. En el invierno no es posible contar con dicho servicio, porque los caminos se dañan. Además, ya con la existencia de caminos y muros es posible ingresar al recinto no solo por canoa sino también por moto y carro, y es posible salir a vender los productos agrícolas y pesqueros.

Los estudiantes y la comunidad en general pueden contar con la visita de familiares, de supervisores y, hoy en día, con la visita paulatina de todas las autoridades del distrito. La escuela, los caminos y los muros son de mucho beneficio para la gente porque puede trasladarse a otros lugares para que sus hijos sigan educándose después de terminar la primaria, y a buscar empleo y mejorar su calidad de vida.

En la actualidad, la escuela Nicolás Lapentti sigue funcionando, pero con la denominación de Escuela de Educación Básica Patria Nueva, y la docente Gloria Mosquera continúa contratada por el Distrito 09D21, perteneciente al cantón San Jacinto de Yaguachi.




FRANCISCO EDUARDO CARVAJAL
nació en Guayaquil, Guayas, en 1960. Trabaja en la Unidad Educativa Zenón Velez Viteri. Su actividad favorita es escuchar música.

Al son que le tocan, baila

Una vasta vegetación, cual pampa, se observaba desde la vía que va hacia la población de General Vernaza, parroquia perteneciente al cantón Salitre, antes Urbina Jado. En medio de aquel follaje, vestido de esmeralda, un caserío se levantaba imponente y pujante. Sus habitantes, cada amanecer, levantaban

sus casas de caña con techos de bijao, y los gallos entonaban una melodiosa canción típica, surgida de sus finas gargantas.

Una de las tantas noches de luna y cielo constelado de estrellas, don Ulpiano Macías se había enfermado de un insoportable dolor en el abdomen. Acostado en su hamaca, se retorcía del dolor. Los vecinos, en multitud, se acercaron y descolgaron aquella hamaca que, cual embarcación, lo arrullaba. No había camino para transitar, pero aquellos hombres, con machete en mano, lo abrieron cortando la maleza, mientras sus descalzos pies iban haciendo surcos para dejar marcado el regreso.

Llegado el 10 de septiembre de tal año, día de San Nicolás, decidieron fundar el caserío que más tarde llevaría su nombre. En vista de que los hombres y mujeres de aquel lugar, en su adolescencia, deseaban ser gente de bien y útiles para su comunidad, usaban aquel camino antes trazado para viajar hacia el cantón Salitre, que era la localidad más cercana donde podían realizar sus estudios. Allí ya habían sido fundados centros de estudios, entre ellos escuelas y colegios como el 27 de Noviembre, fecha alusiva a la fundación del cantón.

Don José Olvera, habitante del recinto San Nicolás, siempre, en cada visita, acompañaba a un supervisor de Educación hacia una parroquia cercana, donde las huestes del “Libertador” Simón Bolívar se habían asentado a descansar, de lo cual surgió el nombre La Victoria. Luego de las visitas realizadas a esta parroquia, retornaban y se quedaban a descansar en casa de don José Olvera. En medio de conversaciones surgió algo inesperado para el anfitrión: el Dr. Izquierdo, supervisor de Educación, le preguntó si él quería trabajar en una institución educativa. Siendo pues que don José Olvera respondiera de manera afirmativa, luego de realizar varios viajes hacia el puerto principal y trámites en la Dirección Provincial de Educación, llegó el momento de crear



un colegio particular en beneficio de la comunidad y a un costo módico, donde muchos de los chicos y jóvenes emprendieron sus estudios. Su construcción era de caña y madera, y le dieron por nombre el del “Libertador” Simón Bolívar, aunque luego sería muy conocido como “La Pollera”.

Meses más tarde lograron adquirir un lote que fue de una finca cuyos propietarios pusieron en venta. Así, las instalaciones del colegio Simón Bolívar se trasladaron hacia aquellos terrenos, iniciando seguidamente los trámites para su fiscalización. Constan como sus fundadores los señores don Miguel Malagón, don José Olvera, don Faustino Barzola y Teresita Jiménez, quienes denodadamente unieron fuerzas hasta lograr su posición efectiva y su fiscalización, ya con el nombre de Zenón Vélez Viteri.

Sería su primera rectora la señora supervisora de Educación Dra. Gloria Fiallos, quien hizo las gestiones para adquirir una

pequeña cocineta y poder paliar en algo el hambre que, luego del mediodía, se hace presente.

Luego del concurso para el Magisterio, Francisco Carvajal inició sus viajes hacia la población del cantón Salitre, para conocer el lugar que sería su punto de trabajo. Le pidió al auxiliar del bus de la cooperativa Salitreña que lo dejara en el local del colegio Zenón Vélez Viteri, e inmediatamente el sueño lo hizo su presa. Minutos más tarde, instintivamente abrió sus ojos y vio un rótulo hecho de hojalata en el cual decía: "COLEGIO FISCAL DR. ZENÓN VÉLEZ VITERI". Ese fue el instante en que se levantó y preguntó al auxiliar si era ese el colegio donde le había pedido que lo dejara. El auxiliar le respondió:

—Sí, ese es el colegio.

Entonces increpó al conductor, le pidió que detuviera el vehículo y de inmediato procedió a bajar del mismo.

Un portón que daba acceso al interior del plantel se encontraba entreabierto, así que ingresó hacia las amplias canchas. Unas personas se encontraban realizando unos trabajos en las instalaciones, hacia el lado izquierdo vio a un hombre alto, de tez canela y cabello rizado. Era don José Olvera, conserje del plantel, con quien entabló una conversación y a quien le informó que llegaba enviado por el Ministerio de Educación debido a un cambio. Él respondió:

—Sí, es por el profesor Walter Haro, pero él no se encuentra por el momento.

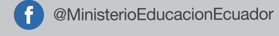
—Bueno —le respondió, y le pidió que le indicara el lugar donde lo podría encontrar.

Seguidamente se dirigió hacia el cantón Salitre, donde, al llegar, le dieron la ubicación en la que encontraría al profesor que había solicitado su cambio. Él le atendió y dialogaron amenamente un buen rato.

Meses más tarde, siendo 10 de septiembre del año 2004, los pobladores del recinto San Nicolás se habían preparado para celebrar el nuevo aniversario. Iniciaron las bandas de guerra invitadas, como la del Vicente Rocafuerte, la del Aguirre Abad, algunas escuelas con sus estandartes, niños disfrazados de multicolores y la banda de guerra anfitriona, encabezada por estudiantes del sexto curso que lucían sus trajes de parada. La banda de los militares, que había dado sus primeros pasos, se encontraba al pie del colegio Zenón Vélez Viteri, lugar donde se había instalado la tarima para recibir al señor alcalde del cantón, el abogado Julio Alfaro. En esos instantes se comunicó que la energía eléctrica había sido suspendida, por lo que quedarían invalidados los altoparlantes. Francisco se encontraba con varios de sus compañeros en amena conversación cuando la rectora encargada del plantel, la profesora Rosa Avilés, se acercó a dicha mesa para hablar con su compañero y pedirle de favor que colaborara con la animación del evento. Francisco se incomodó, por cuanto para este tipo de cosas había que comunicarle con anticipación, pero no había más salida y ninguna otra opción, siendo pues que, en este instante, surgió la frase: “Hay que bailar al son que le toquen la música”.



Los relatos de este libro suceden alrededor de la escuela, el colegio o la universidad. Encontrarás anécdotas de estudiantes que aprenden entre preocupaciones y risas; de docentes que vencen todos los obstáculos, fieles a su vocación; o de padres y madres de familia que, con su voluntad y perseverancia, logran abrir escuelas en sus comunidades para que sus hijos e hijas puedan estudiar. Todas estas narraciones forman parte de "Nuestras propias historias"; te invitamos a leerlas, quizás en alguna página encuentres la tuya.







/MinEducacionEcuador

/Educacionecuador





Dirección: Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito-Ecuador
Teléfono: 593-2-396-1300 / 1400 / 1500 **Código Postal:** 170507
www.educacion.gob.ec